

ELOGIO DE LA

CRISIS

Nuevas posibilidades de riquezas en la existencia personal y social
Senderos para adentrarnos en los nuevos tiempos

LEOPOLDO KOHON

© 2011

© 2011 Pensar la Vida. Permitida la reproducción no comercial, parcial o total, para uso personal, elaboración de estrategias sociales y políticas y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito del autor.

<http://www.pensarlavida.com.ar>

Mail del autor: leopoldokohon@pensarlavida.com.ar

Redes sociales: www.twitter.com/PensarlaVida www.facebook.com/leopoldokohon

Índice

- **Introducción**
- I - ¿Qué está en crisis en esta crisis?**
- II - La era que termina**
- III - El presente nos cuestiona e interpela**
- IV - En nuestros corazones anidan semillas de lo nuevo**
- V - Y entonces, ¿con la crisis económica, qué...?**
- VI - ¿De dónde sacaremos fuerzas para gestar este proceso?**
- VII - La micropolítica: una acción necesaria**
- VIII - Conversaciones para re-pensar nuestras maneras de vivir**
- IX - Micro y macro política: una estrategia**
- X - OSC - Un nuevo sujeto en la construcción social**

- **Anexo - “Filosofía práctica: tiempos de cuidar la vida”**
 - “El sentido de la vida es el eje de la tarea”**
 - Ponencia de L. Kohon en el Primer Congreso Iberoamericano para el Asesoramiento y la Orientación Filosófica Universidad de Sevilla. España, 2004.

- ***Agradecimientos***
- ***Invitación del autor***

Introducción

Desde muy pequeño estuve interesado en las problemáticas sociales y existenciales. Creo que haber nacido en las cercanías de un pequeño pueblo del campo entrerriano, con un altísimo porcentaje de gente pobre, me hizo sentir ya en los primeros años de escolaridad, incomodidad con las carencias de otros que aparecían, para casi todos, como una “natural” manera de ser de las cosas.

Mi familia gozaba de un buen nivel económico resultado de una enorme capacidad de trabajo de mi padre. Su consagración a las tareas productivas era ejercida con tal grado de dedicación y esfuerzo que cerraba posibilidades a casi cualquier otro tipo de gratificaciones. Aún me resuena una frase de mi madre quien le solía señalar: “Vos no trabajas para vivir... vos vivís para trabajar...” Sin dudas esta crítica a una manera de ser y estar en la vida generó en mí un foco de atención ante la pregunta por el sentido de la vida. Creo que así fue como lo social y lo existencial marcaron el rumbo de mis intereses y de mis prácticas.

Tuve relación con la política desde mi temprana adolescencia (de esto hace ya más de cincuenta años). En la primera etapa, los veinte años que fueron desde 1955 a 1974, actué dentro de las formas tradicionales de la política y en los movimientos estudiantiles, secundarios y universitarios. La pinza armada entre la guerrilla y la represión hizo imposible continuar con esa experiencia y también dejaron ver enormes debilidades y contradicciones que no habíamos sido capaces de tener en cuenta. Los que siguieron fueron para mí años de parálisis y nuevas búsquedas. Por ese tiempo comprendí que necesitaba encontrar otras formas de asumir mi interés en las cuestiones comunitarias y existenciales.

Me distancié de la práctica política por un profundo desacuerdo estratégico con quienes habían sido mis compañeros y con desagrado por las maneras en que las cosas se hacían. Más allá de los principios teóricos a los que adheríamos, actuábamos con una pretendida y exagerada claridad sobre lo que convenía al país y al pueblo. Ya entonces esa actitud me olía a “decoración argumental” para manipular situaciones e intentar ejercer poder sobre personas y grupos de personas. Algunas escenas en las que esto se hacía más evidente, quedaron grabadas en mi memoria.

Fue por entonces que comencé a intuir que *el deseo de poder* genera maneras de ser y actuar que funcionan como una máquina de deglutir buenas intenciones en las mismas personas que las tienen. Y que esto no nos ocurre sólo

en la política. El tema del poder y sus implicancias existenciales comenzó a ocupar un lugar prioritario en mis interrogantes.

Poco a poco fui pudiendo ver cómo el contexto cultural en que vivía y mi propia práctica cotidiana, estaban infectados por el sentido de dominio y aficionados al control. Comencé a darme cuenta que en las discusiones nos importaba más tener razón que pensar y crear. Sentíamos que éramos valorables, y valorados, según el poder institucional o la fama que detentábamos. La competencia, el control y “la importancia personal” eran manifestaciones visibles de toda una manera de concebir la vida y de ser en ella. También comencé a entender que no se trataba de algunas personas o grupos en particular, sino que todos funcionábamos organizados por esos dispositivos culturales que dan forma a la sociedad en que vivimos.

Por esa época también comencé a sentir que no sólo nuestro ideario político se empantanaba en esas actitudes, sino que también perdíamos posibilidades de alegría y afirmación de la vida. Eso me permitió, al principio con muchas debilidades y contradicciones, iniciar un re-posicionamiento en mis actitudes y acciones. Quería orientar mi experiencia de vida en un rumbo que posibilitara mayor goce y alegría de vivir. Lentamente esto comenzó a ocurrir y también hizo crecer mi interés en ayudar a otros en el mismo intento.

Durante esos años mis lecturas, investigaciones y reflexiones se centraron en esa perspectiva y logré hacer de ella el horizonte de mis prácticas cotidianas, aunque no encontré manera de insertarla en la política. Creo que dos miedos principales me distanciaron de ese intento. En primer lugar un miedo que compartí con un número inmenso de ciudadanos de mi país, el terror que generó la represión de la dictadura militar. En segundo lugar el miedo a que la tarea de construir poder político, en el marco de mis propias debilidades existenciales, me llevaran al abandono de lo que consideraba mis intuiciones e intereses principales: los cambios que sentía necesarios en mi propia forma de ser y hacer y la ayuda a otros en ese mismo camino.

Me dediqué entonces a pensar y diseñar una práctica profesional de asistencia usando como eje a la reflexión filosófica. Así fue como comencé a asistir en la tarea de “Pensar la Vida”, con una metodología de trabajo que luego, con la aparición de abordajes afines en otros países, se reconoció con la denominación de “Filosofía Práctica”. Desde 1984 a la fecha mi actividad profesional está dedicada a ayudar a las personas en la búsqueda de nuevos sentidos orientadores de sus prácticas cotidianas.

El comienzo de la crisis mundial en el 2008 puso más de manifiesto la necesidad de replantear el sentido y las formas de la política y de todas las organizaciones que conforman la sociedad (incluido en eso la forma de ser y el sentido de la vida de las personas). Creo que hoy, crisis mediante y como nunca en la historia moderna, están dadas las condiciones para plantearnos la posibilidad de generar nuevas formas de la política y de la vida.

Sé que el enfoque que me propongo desarrollar será calificado como ingenuo por muchos, pero también sé que el “realismo” y el “voluntarismo” políticos fueron el material con el que se construyó la tumba de muchas estrategias aparentemente más realistas.

A manera de síntesis

La crisis mundial, financiera y económica, iniciada en el 2008, sólo es un aspecto del difícil trance histórico en el que nos encontramos. Es parte de una difícil y alentadora coyuntura en la evolución de la humanidad que debe comprenderse como una **crisis civilizatoria**. La denominamos así porque se expande a todos los planos de la existencia de quienes actualmente habitamos la tierra. No sólo afecta a las estructuras económicas, sino que también altera profundamente las condiciones de la vida en el planeta y genera confusión en el sentido de la vida de cada uno de nosotros.

Pero no sólo males y dificultades conlleva esta crisis. Simplemente eso es lo que vemos desde nuestras viejas creencias y emociones. Lo cierto es que también trae muchas posibilidades nuevas para una evolución de las maneras de ser y hacer en que los humanos estamos instalados como si fuera lo inevitable. **Se trata del final de una etapa histórica y de los albores otra que significará cambios profundos de la vida en el planeta.** (Esa es lo que el título intenta priorizar. Es una invitación a elogiar y aprovechar las posibilidades que se nos abren en el tiempo en que vivimos.)

Tomados aún por viejas creencias, nuestra vida ocurre desde el sentido y los valores que orientaron el desarrollo productivo de los cinco siglos anteriores. Pero esa realidad ya está en el pasado y nuestra pretendida continuidad actual sólo logra ser una farsa grotesca y peligrosa. El crecimiento de las posibilidades materiales logrado en el último medio milenio, se nos ofrece como la oportunidad de un salto evolutivo y nos desafía a encontrar sus caminos. También nos amenaza con el vacío existencial si no actuamos y vivimos con actitud y responsabilidad creadora.

Este libro propone alimentar nuevas posibilidades de la existencia personal y social. Para eso intento:

- Ayudar a pensar cómo el carácter totalizador de la crisis nos exige reubicarnos ante las pequeñas encrucijadas concretas que la vida nos presenta a diario. Esto implica crear formas nuevas para toda nuestra experiencia. En todos sus planos nuestra vida nos demanda **una actitud más reflexiva, imaginativa, responsable y pro-activa** por parte de cada uno de nosotros.

- Ayudar a que podamos comprender las posibilidades de la coyuntura histórica que nos toca vivir, y así posicionarnos con poder y autoridad para crear las estrategias y diseñar las acciones que nos hagan capaces de gestar los cambios convenientes a la vida buena.

- Se trata de transitar una mutación que nos lleve de los paradigmas **del estado de necesidad** que dio origen a la Modernidad, a otros que se apoyen en **la posibilidad de la abundancia** que resulta del crecimiento productivo de la era que nos antecede.

- La calidad de la experiencia de vida de cada uno de nosotros, depende de que nos asumamos como gestores de nuevos sentidos de la vida, nuevos valores orientadores de nuestras maneras de vivir y de convivir en sociedad. Nuevas maneras de ser y hacer cuyo eje orientador será la posibilidad de avanzar a través de puertas que se nos entreabren hacia estados existenciales de mayor felicidad, goce y alegría de vivir para todos.

- Esto requiere también re-pensar la política. Nos desafía a reinventarla. Creo que en la actual situación todas las tareas en relación con lo social, y la política como principal responsable, deberían ayudar a cultivar los cambios en las formas de ser, vivir y convivir de las personas. Esto es condición de posibilidad de objetivos sociales que hoy son urgentes.

- Con el desarrollo del texto irá mostrando la necesidad imperiosa de delinear un nuevo plano de la tarea social-política: **la “micropolítica”**. Se trata de una metodología destinada a potenciar el camino de transformación de la forma de ser y vivir de los humanos concretos que somos. Es un nuevo plano de la acción que surge desde la necesidad de transmutar el actual estado de las instituciones sociales. Entiendo que la micropolítica será fundamental para abordar los desafíos del presente, tanto para las organizaciones sociales, partidos políticos, ONGs,

incluso las empresas y cualquier otro tipo de organismos que se postulen como sujetos activos en la gestación de mejoras de la vida.

- Por último, creo que será del disfrute y la alegría que vayamos logrando en nuestras prácticas personales cotidianas, de donde sacaremos la orientación y la fuerza de voluntad para abordar la re-construcción ética social que la situación actual nos requiere y posibilita. También la riqueza de nuestra vida personal será alimentada desde esa reconstrucción de la ética social.

I - ¿Qué está en crisis en esta crisis?

Transcurridos ya más tres años de aquellos días de septiembre del 2008 en que se inició la expresión financiera de la crisis, las noticias suelen sugerir que la tormenta tiende a calmarse, luego vuelven los vendavales y nuevamente el miedo. Se trata de períodos de más o menos ruido y temores, pero en los que se amojona nada que implique la superación de los males de fondo. Lo real es que sólo ocurrieron los salvatajes de las instituciones financieras y eso dio algo de oxígeno por un tiempo, pero nada ha cambiado en los mecanismos que generaron la crisis. Los gobiernos no han logrado avanzar en medidas transformadoras del funcionamiento financiero y económico que generó el descalabro y todo sigue funcionando al estilo y con la dirección en que las cosas ocurrían antes de la tormenta y durante ella.

La impotencia para elaborar estrategias que nos saquen del atolladero en que se encuentra nuestro sistema productivo, nos impulsa a enunciar fuertes críticas a quienes ocupan lugares de dirección en todos los planos de la organización social: la política, la producción, el sindicalismo... Pero, más allá del incuestionable valor ético de estas críticas, no podemos abordar el tema sin tener presente que los pueblos generan dirigentes en consonancia con el estado espiritual y conductual en el que se encuentran. Si estamos frente a una crisis de liderazgos, entonces cada uno de nosotros somos parte de esa crisis. Son nuestras dificultades, nuestras debilidades y nuestras maneras de ser, lo que vemos reflejado en las conductas e impotencias de nuestros gobiernos y dirigentes.

Siendo ese el estado de la sociedad, no es pensable que ésta cambie por los caminos que hasta hoy conocemos de la política. Actualmente la posibilidad de esa superación depende de un cambio en el espíritu con que todos vivimos y en la manera en que todos hacemos las cosas. Y en este texto, la palabra “política” refiere a las múltiples maneras de ejercer liderazgo en relación a la vida y las acciones de las personas, comenzando por la propia práctica de existir y de hacer. Necesitamos replantearnos las maneras de hacer las cosas desde los gobiernos, y también en las empresas y en los sindicatos, en la educación y en la crianza... Es necesario reinventar las estrategias, plantearnos nuevos objetivos y elaborar nuevos abordajes. Para esto es necesario que ese cambio de perspectiva y de objetivos comience a manifestarse en la experiencia de un número cada vez mayor de personas. Esto significa decir que para reinventar la política será necesario

comenzar a resignificar la vida. Eso requiere de intenciones, ideas y acciones fundantes que sean potentes para iniciar un proceso de re-encantar al mundo.

Somos conscientes de que todos estamos preocupados por la crisis económica y que es necesario pensar las maneras en que este aspecto de la crisis lastime menos y a un menor número de personas. Pero también creemos que es indispensable analizar el carácter más estructural de la crisis en que nos encontramos y pensar los caminos de su superación. Para eso es necesario comprender el proceso histórico del que esta crisis forma parte a la manera de un final de época. Necesitamos ampliar y cambiar la perspectiva desde la que miramos para ser capaces de recorrer los caminos de salida del laberinto oscuro en que estamos y para que se nos haga accesible una mutación que nos otorgue la posibilidad de pertenencia a un mundo interesante, pacífico y, al mismo tiempo, amorosamente activo y creador.

Este texto intenta alimentar la reflexión sobre los re-posicionamientos existenciales de las personas y las acciones posibles en esa búsqueda. Se propone ayudar a potenciar la actitud creadora de cada uno, en cada situación de su experiencia vital. Creemos que sólo así será posible mejorar tanto la vida personal como nuestra convivencia social.

Para comenzar a pensar una nueva manera de hacer las cosas, será indispensable comprender la coyuntura histórica en la que nos encontramos y las muy especiales características de la época en la que vivimos. Un punto clave de esta visión será entender que la crisis financiera global, y la económica que ella genera, son síntomas de un punto crítico al que llegamos en nuestras maneras de ser y de estar en el mundo.

Si nos interrogamos respecto de las distintas facetas de nuestra experiencia vital, es fácil enterarnos de que la economía no es lo único que está en crisis; quizás, ni siquiera sea lo más grave. De lo que esencialmente se trata es del final de una forma de ser de las cosas y de la vida, y eso se manifiesta en todos los planos de nuestra experiencia. Cotidianamente estamos experimentando esa multiplicidad de facetas de la crisis, aunque en nuestra mirada capturada por el ideal utilitario y consumista, lo que más registramos es lo que ocurre en el aspecto al que generalmente estamos más atentos: el económico. En él percibimos con mayor sensibilidad las afecciones y las pérdidas. Pero, en verdad, estamos ante señales avanzadas de un proceso de devaluación del sentido y de los valores con que aprendimos a vivir y asistimos a *una crisis civilizatoria* que se expande por toda nuestra experiencia.

Quienes hoy vivimos en Occidente fuimos educados en el espíritu de utilidad y dominio que orientó la Revolución Industrial. Esto significa que en gran medida estamos en la vida en tanto instrumentos de la producción. ***En nuestra propia visión, somos en tanto producimos y en tanto consumimos.*** Es decir, nuestra actividad económica, tanto por hacer como por tener y consumir, es el eje de nuestra manera de ser. Es por eso por lo que sentimos y registramos el aspecto económico de la crisis con mayor claridad que los otros aspectos. Pero lo real es que desde hace tiempo convivimos con crisis afectivas, éticas, ecológicas, familiares...

Hay crisis de sentido en nuestra existencia. Cada vez, nuestras acciones están menos conectadas con nuestro corazón, y nuestra experiencia no está pudiendo acceder a las sensaciones de bienestar y plenitud. Esta crisis de sentido debilita nuestro ánimo y genera una anomia ética en los vínculos personales, sociales, familiares, comerciales, en los emprendimientos productivos, en las tareas intelectuales, en la política, en las instituciones...

Si ponemos atención podremos ver que la actual crisis económica es sólo una de las manifestaciones de la crisis existencial, cultural e histórica que vivimos. En cambio, si miramos con los registros del “economicismo” que nos es habitual, tomaremos al aspecto económico de la crisis por el todo y seremos ciegos al hecho de que ella abarca la totalidad de lo que somos y vivimos. Y así seremos impotentes para encontrar las maneras de superar la situación. Tendremos dificultades para percibir las posibilidades de mejoras que la crisis nos ofrece, tanto para nuestras vidas personales como para las comunidades que integramos.

II - La era que termina

Hace algunos siglos Europa se debatía en un estado de enorme escasez de los bienes útiles para alimentarse y cuidar la vida. Pestes y hambrunas asolaban las poblaciones. Fue por esos tiempos cuando en sociedades del occidente europeo, algunas personas comenzaron a abordar desafíos en búsqueda de actitudes, estrategias y acciones que mejoraran y desarrollaran la capacidad de producción de bienes materiales. En esa etapa histórica, que comienza hace aproximadamente unos 500 años, las prácticas de la vida hicieron eje en el “ser productivo”, instalando *la utilidad* como sentido organizador de la manera de ver la realidad y de la vida misma. Poco a poco, el espíritu que alimentaba esa intención, inicialmente presente en pocos, se fue instalando en esas sociedades. Las prácticas de vida que se establecieron en los siglos venideros impactaron en un fuerte crecimiento de las fuerzas productivas y también generaron una manera de ser de lo humano (una subjetividad), que resultaba necesaria al proceso tal cual se lo intencionaba e iba ocurriendo.

Para avanzar se necesitó potenciar en las personas la intención y la capacidad de dominio sobre la Naturaleza, a la que había que controlar para transformarla en algo útil. También fue necesario “sujetar” a los individuos para incluirlos en la organización del trabajo. Convertirlos en sujetos aptos para la producción. Esto perfiló el otro eje organizador de las maneras de ser y hacer: **el dominio**. Utilidad y dominio se convirtieron así en el sentido organizador de la realidad y de la vida. Consecuentemente se grabaron como espíritu organizador de la forma de ser de las personas.

Organizada la vida desde esa perspectiva, el éxito comenzó a verse como la mayor *utilidad* conseguida y como el logro de *dominio* sobre cosas y personas. Así **ser** se identificó con **tener**. Riqueza y poder se convirtieron en los laureles más preciados y hasta hace muy poco tiempo señalaban sin dudas el sentido de la vida. Hoy han cambiado las condiciones históricas y es necesario re-pensar el sentido que organiza nuestra existencia.

Luego de algunos siglos de crecimiento sostenido de las fuerzas productivas, ocurrió un salto cualitativo que nos instaló en las puertas de otra realidad. Esto aconteció en tiempos muy cercanos a nuestro presente. Avanzado ya el siglo XX, la revolución tecnológica y la que se produjo en el campo del conocimiento, generaron una mutación profunda en las potencialidades productivas de la humanidad.

Se inició entonces un proceso de crecimiento exponencial que día a día imprime una velocidad mayor a ese proceso de desarrollo tecnológico. Así, en potencial, aparecen para el género humano condiciones de posibilidad revolucionarias en la relación entre las necesidades de la vida y satisfacción de esas necesidades. Esto es así aunque aún esa potencialidad esté obstruida porque su fuerza creadora es puesta en acto con el sentido y con las reglas que fueron necesarias en las condiciones históricas anteriores y hoy ya superadas.

Ocurre que aún estamos sumergidos en un ideario ya perimido. Guiados por la idea de “progreso”, aprendimos una manera de ver la realidad y experimentar la vida, centrada en la utilidad y el crecimiento económico. Originariamente el *Progreso* fue imaginado como el logro de mejores condiciones de vida, tanto en lo económico como en lo cultural y existencial. En la medida en que esta intención se fue volcando en acciones, comenzaron a ocurrir deformaciones del ideario inicial. Así “el progreso real” se entendió, cada vez más, sólo como crecimiento económico y mayor disponibilidad de bienes materiales (para algunos mucho más que para otros...) La felicidad de las personas y los objetivos del buen vivir fueron quedando postergados. Acrecentar las posesiones y las posibilidades de consumo fueron para nuestros padres y abuelos los quilates de la “buena vida”.

Ese espíritu estuvo en la base de lo que fueron las conductas y las estrategias del “progreso real” y orientó la forma de vivir en los últimos siglos. Educados en este orden de creencias y amasados en nuestras propias prácticas orientadas por esa perspectiva de la vida, nosotros aún evaluamos desde allí nuestra existencia. Nuestra existencia parece seguir “iluminada” por la premisa, más o menos consciente, de que “ser es tener”.

Esta perspectiva y manera de ser está alimentada muy inconscientemente por el temor ancestral a la carencia y al desamparo. Si bien esas fueron las condiciones sociales que enmarcaron las experiencias vividas hace varias generaciones, en no pocas personas tiene relación con experiencias propias o de sus padres y abuelos. Desde el pasado el peso de los recuerdos (concientes o inconcientes) sigue determinando nuestros miedos, nuestra conciencia y nuestras maneras de vivir. Necesitamos hacer conciente el actual estado de cosas en la relación *necesidad-satisfacción*, para superar las pobrezas incrustadas en nuestra alma y en nuestras prácticas.

Esto generará condiciones en la conciencia social posibilidades de cambios personales y en los vínculos. Posicionamientos menos posesivos y más solidarios. El individualismo competitivo, pieza que resultó fundamental en las primeras etapas

del progreso económico, debilitó la conciencia de comunidad vigente en las comunidades tribales y en la familia ampliada. Acrecentó así el desinterés por la situación de los otros. Esto impactó de manera grave en la situación de aquellos a quienes el desarrollo económico no incluyó como beneficiarios de sus ganancias, pero empobrece la vida de todos. Las consecuencias negativas se hicieron mayores en el grado en que las acciones económicas se orientaron, cada vez más, a la ganancia como sentido excluyente.

Así el crecimiento económico y la miseria pudieron ser contemporáneos y coexistir. La brecha abierta entre la intención originaria del progreso y los posteriores corrimientos ideológicos, activados por los intereses de los actores más poderosos, hizo cada vez más absurda la situación y mayor el sin-sentido¹ de las acciones. El crecimiento desmesurado de las inversiones especulativas y la burbuja financiera fueron el punto álgido de este devenir del sin-sentido y, también, el último disparador de la situación actual.

El “progreso económico” fue valioso en las condiciones históricas que él mismo logró superar. Hoy debe ser reemplazado en su rol orientador de las acciones, por una perspectiva que de cuenta de la nueva situación conseguida. Para elaborar los caminos que nos permitan superar esta crisis, es importante entender el grado actual del desarrollo productivo como la *consumación* de las estrategias que lo realizaron, y también su final como programa que dio sentido a la existencia, personal y social.

Esta consumación y acabamiento surge como consecuencia histórica de que el crecimiento de las fuerzas productivas alcanzó las posibilidades de atender las situaciones de carencia y necesidad que le dieron sentido. La acción productiva humana logró las condiciones de posibilidad de un mundo de bienestar. Lo que no logra es instalarlo en lo real del funcionamiento social.

La humanidad no está encontrando las maneras de convertir ese logro en la base de nuevas y mejores formas de vida. Los escollos que nutren esta imposibilidad tiene que ver con la lógica que surge de las viejas maneras de entender sus intereses por parte de quienes acumularon mayor poder económico, pero también, y mucho, con una manera de ser y vivir que hemos heredado y que aún orienta nuestras vidas. La de todos.

¹ Con la expresión “sin-sentido” hago referencia a la situación en la cual una conducta o creencia ya no responde a las condiciones de posibilidad que la originó como valiosa o “verdadera”. Su vigencia se ha desraizado de la nueva realidad y ahora carece de sentido o fundamento.

Esto es importante aun en los países de escaso desarrollo económico, porque también en ellos es necesario repensar el sentido del desarrollo productivo y la manera en que éste pueda ocurrir en las actuales condiciones del mundo. Hoy, esos países coexisten en un mercado mundial muy fuerte, tanto financiero como de productos y servicios, que implica un alto grado de globalización y entrelazamiento. No es posible en ellos repetir el camino de desarrollo de los países “avanzados” ni es deseable que eso ocurra. Por consiguiente en esos países se impone también rediseñar las estrategias y el marco cultural en el que pueda ocurrir el crecimiento económico.

El progreso económico implicó una forma de ser persona.

Ocurre que, aunque con objetivos centrados en lo económico y material, “el progreso” no impactó en la vida de las personas sólo en el plano económico. Tal como ocurrió, *su realización requirió una concepción de la vida y una manera de ser persona que hicieran posible la inversión de toda la energía humana en su ejecución.* Necesitó de una forma de sentir, pensar y hacer. Implicó una manera de organizar las emociones, las relaciones y los afectos, los vínculos familiares y sociales. Requirió disciplinar a las personas detrás de *objetivos que apuntaron a la utilidad de todo lo existente (incluida la vida misma)* y a su dominio y control en función de extraer su utilidad latente. *Es esa organización de lo humano que somos lo que hoy está en crisis,* una forma de ser que el “progreso real” nos dejó como herencia y que aún nos hace impotentes para crear un mundo de bienestar.

Más coyunturalmente y atendiendo a nuestro pasado inmediato, es necesario también asumir las consecuencias profundas en nuestras prácticas, en nuestros pensamientos y en nuestro ser, de lo que fueron las políticas del neoliberalismo. Lo que ahora se conoce como “la década de los noventa” (y que para nosotros comenzó bajo el imperio del terror a mediados de los setenta) no fue sólo una manera de ver y organizar los hechos económicos y las políticas nacionales.

Se trató también de una reacción ante los cambios que intentaban débilmente abrirse paso en la transformación de la vida. Su hegemonía social/política impactó, en más o en menos, en nuestros idearios personales. De maneras a veces conscientes y muchas otras inconscientes, el individualismo extremo, el salvarse a uno mismo y la desaparición “del otro” como co-existente conmigo, calaron hondo en nuestras perspectivas y deseos, en nuestras ambiciones y en nuestras prácticas.

En la Argentina, esto ocurrió y se anudó, a su vez, con el terror asociado a las peligrosas consecuencias que implicaba tener posiciones o actitudes solidarias. Eso preparó un terreno fértil y dio profundidad a la victoria ideológica-cultural del neoliberalismo. Nada de eso ocurrió sólo fuera de nosotros mismos, sino que *nos atravesó a todos*.

Nuestro ser, individual y social, quedó afectado y coloreado en nuestros sentimientos, pensamientos y actitudes, Ahí también echó raíces el estado de nuestra actual situación sociopolítica.. Todo lo que ocurre y nos ocurre, nos constituye. En ese proceso se profundizó en nosotros el individualismo, el utilitarismo y el consumismo desaforados. Hoy para pensar los caminos en defensa de la vida (social y personal), es necesario asumir en lo propio ese impacto en nuestra manera de sentir, pensar y posicionarnos

Es que la experiencia humana, en su devenir histórico, va conformando *dispositivos de subjetividad* (forma de ser de las personas) que posibilitan la organización del ser individual en concordancia con la realidad de cada época. Estos dispositivos de subjetivación funcionan como pilares de “normalidad” y hasta son concebidos en cada época como constituyentes de “naturaleza humana”. Se trata de ideas, creencias, emociones, verdades, miedos, anudamientos psicológicos y modos existenciales, que funcionan como organizadores de nuestra forma de ser, pensar y actuar.

La situación actual nos ha puesto ante el desafío de hacernos conscientes que vivimos el final de una época y de una forma de ser de las cosas y de la vida y, con ello, ante el final de una forma vital y potente de ser nosotros mismos. Las nuevas condiciones que la realidad presenta, requieren y posibilitan el surgimiento de nuevas formas de ser. Ayudar a ese proceso, poner la intensidad de activarlo en nuestra propia experiencia, nos plantea la necesidad de comprender cuáles son los dispositivos que organizan la forma de ser personas que heredamos y que ya no nos sirven.

La tarea consiste no sólo en entender, sino también en encontrar los caminos para aflojar el poder que tales dispositivos tienen aún en nosotros. Si comprendemos su carácter histórico y, por tanto, *no esencial a lo humano que somos*, estaremos comenzando a debilitar el grado del poder que tales dispositivos tienen sobre nuestra existencia. Esto es un importante punto de partida para dar espacio a la elaboración consciente y la gestación de nuevas maneras de ser. Animarnos a elegir como queremos vivir, será otro paso para concebimos a

nosotros mismos como co-creadores de nuevas formas de subjetividad, nuevas maneras de ser y estar en el mundo.

Los nuevos tiempos traen asociadas nuevas fragancias a la vida

Los tiempos en los que nos toca vivir corresponden a tiempos de parto de una nueva forma de la vida y de la realidad misma. Necesitamos comprenderlo y comenzar a sentirlo para iniciarnos en la posibilidad de participar en la co-creación de lo nuevo y para comenzar a hacerlo realidad en nuestra propia experiencia.

Estamos viviendo el pasaje de una era a otra de la evolución humana. Sin duda, esta será una experiencia muy traumatizante si nos adentramos en ella carentes de actitud creadora. Necesitamos, por el contrario, visualizar que estos tiempos pueden ser muy hermosos y gratificantes si estamos atentos a los vientos de la evolución y nos animamos a buscar y vivir en sintonía con ellos. Entusiasmo, alegría, coraje para crear, libertad para hacerlo y confianza en las posibilidades de avanzar en la concreción de lo que deseamos, es el ramillete de emociones y actitudes que nos darán fuerzas para hacer realidad el potencial de posibilidades que la vida nos ofrece.

Necesitamos reconocer con autonomía creadora lo que más nos importa en cada situación y en cada momento del proceso que vivimos, avizorar en su fragancia el espíritu de lo posible que se nos sugiere para los tiempos actuales y venideros. El mundo está cambiando porque ya existen las condiciones necesarias para que surjan nuevas y superiores formas de la realidad y de la vida. Y esto implica también saber que en nosotros están las semillas de la sabiduría necesaria para generar experiencias enriquecidas de un nuevo orden.

Dado que nos toca pensar y crear (vivir) en condiciones históricas novedosas, es necesario que dejemos de insistir en la pregunta por cómo *debemos* actuar ante cada situación. “*Lo que se debe*” está reglado desde antes y conlleva el peligro de quedarnos determinados por lo que otros pensaron y crearon desde una realidad que ya no es. Para poder adentrarnos en nuevas formas de ser, será imprescindible autorizarnos a pensar en abierto, ***preguntarnos cómo queremos que cada situación sea y cómo lograr hacerla realidad en nuestra experiencia***, en el mayor grado que sea posible. ***Autorizarnos a tomar contacto con nuestro deseo y generar desde él una conciencia proactiva y responsable***. Cultivar las manifestaciones concretas de lo nuevo es una tarea que necesitamos abordar, tanto en el plano social como en lo más inmediato y personal de nuestra vida cotidiana.

III - El presente nos cuestiona e interpela

Actualmente, disponemos de una gran capacidad técnica de producción, aunque todavía convivimos con el absurdo de que perduren bolsones de miseria y necesidades primarias no satisfechas para millones de personas. Es turbador y embarazoso escribir este texto, en los meses en que se anuncia que ha llegado a mil millones el número de personas que sufren hambre en la tierra. Pero debemos ser conscientes que eso ocurre y también saber que hoy los límites de la disponibilidad de bienes y servicios para todos, no radican en la capacidad productiva de la que dispone la humanidad, sino en *la irracionalidad de una manera de producir y de distribuir que no atiende las necesidades de las personas, sino que sólo está orientada a maximizar las ganancias en los procesos de producción y comercialización.*

Que aún haya hambre y desatención de necesidades primarias, sólo puede explicarse por la vocación de apropiación y dominio existente en las estrategias productivas y que genera formas de distribución de la riqueza en un grado cada día más injusto. Mientras no logremos replantear el sentido de la producción y de la vida misma, esto seguirá ocurriendo. La concentración de la riqueza y el crecimiento de la marginación serán consecuencias inevitables.

Habrá que replantear el sentido de nuestra propia existencia para volvernos ética y existencialmente potentes de generar el cambio necesario. Eso nos hará capaces de replantear las prácticas de la política, la economía e incluso la tecnología hoy existentes, cuyas acciones no son neutras, sino que están organizadas y orientadas por una muy compartida vocación de apropiación y dominio.

La acción de producir es inherente a la vida humana, pero lo que hay que debatir es su sentido. Producir es reproducir cotidianamente las condiciones de posibilidad de la vida. Por ello es impensable una humanidad que no produzca. ***Pero, es el cuidado de la vida lo que da sentido a la producción, no la producción lo que da sentido a la vida.*** Las prácticas económicas de los últimos siglos generaron un progresivo ocultamiento e inversión de esta conciencia y, de ese modo accedimos al estado actual: *el sentido está todo puesto en la ganancia que la producción genera.*

“El crecimiento del capital genera desarrollo”, esa fue la máxima que orientó el “progreso”. Todo el resto debía llegar por “derrame”... El neoliberalismo intentó convertirlo en dogma. Así fue como entre nosotros el cuidado de la vida ha quedado

huérfano de sujeto responsable. Nadie parece considerar ese objetivo como una cuestión que debe ser atendida y respecto de la cual debemos ser pro-activos y responsables. Sólo convocamos la responsabilidad y la pro-actividad para con aquello que producimos teniendo en la perspectiva la utilidad que eso genera.

La crisis que vivimos es expresión de la saturación de una forma de lo humano que identificó ser con producir, con poseer, con dominar. Superar la crisis será, entonces, encontrar las formas de ser, hacer, vivir... que cobren sentido en las posibilidades de afirmar otro significado de la vida y de la producción misma. Es a partir de eso que podremos generar nuevos ideales y estrategias que eviten *el absurdo camino de seguir proponiendo la dimensión del desarrollo económico como si éste fuese el eje de sentido esencial, verdadero y eterno de la existencia humana.*

El desarrollo económico pudo ser lo fundamental y fundar las perspectivas de las acciones para el mejoramiento de la vida en otros tiempos, en otras condiciones históricas. La situación actual, revolución del conocimiento y tecnología mediante, se caracteriza por plantear las condiciones del final de esos tiempos, caracterizados por las limitaciones productivas y las carencias materiales. Es época de abundancia potencial, que posibilita una coyuntura radicalmente nueva para la Humanidad. Es por eso que demanda el nacimiento de nuevos sentidos orientadores de la vida, que posibiliten nuevos posicionamientos y actitudes, nuevas maneras de ser y de hacer todo lo que hacemos.

Autorizarnos a elegir y cambiar

Para ser parte y beneficiarios de esa evolución necesitamos vislumbrar, distinguir y apreciar los nuevos valores que están intentando enraizar en nuestros corazones. Precisamos atender los intereses que se manifiestan en nuestros deseos y en nuestras sensaciones de bienestar, de goce y de alegría. Necesitamos aprender a registrarlos y autorizarnos a validarlos como señales que orienten nuestras nuevas formas de sentir, pensar y hacer.

Seremos potentes para generar este camino en el grado en que pongamos atención a las sensaciones de placer o displacer que nos generan las experiencias que vivimos y nuestras distintas maneras de ser y de hacer. Para eso necesitamos alimentar consciente y activamente la conexión con nuestros sentimientos más sutiles y más propios. Validar esos sentimientos y poder compartirlos con otros sería fundamental para darles presencia y fuerza, y así abrir más posibilidades a nuestro propio enriquecimiento existencial.

En ese registro de nuestras emociones encontraremos las señales de lo nuevo que se nos propone en nuestro corazón. Esto requiere que estemos dispuestos a re-pensar los ideales heredados sobre “lo que es deseable ser” y a defendernos de las manipulaciones del viejo sistema que permanentemente foguea nuestros “deseos” de dominio y consumo.

También necesitamos estar muy atentos a las sagaces movidas de nuestro egocentrismo, a las trampas que nos tienden los infinitos disfraces de nuestros deseos de importancia personal y a nuestras propias movidas gatopardistas que nos llevan a repetir lo viejo intentando mostrarnos diferentes.

Precisamos aprender a elegir constantemente entre lo viejo que somos y lo nuevo que queremos y podemos ser. Eso nos posibilitará vivir experiencias cada vez más cercanas al amor, el bienestar, la alegría y la felicidad. En esas prácticas se irá re-construyendo nuestro ser. Sepamos que este enriquecimiento de la existencia es posible para nosotros en el grado que nos hagamos responsable de cultivarlo.

Necesitamos saber que este cambio será un proceso de construcción que irá tomando forma paulatinamente en la experiencia de cada uno, al mismo tiempo que tenga lugar un proceso de cambio cultural en toda la sociedad. Esa transformación social ocurrirá en la medida en que crezca en muchos de nosotros un nuevo espíritu que se ponga en acto en las prácticas de cada uno, y contribuya a la transformación y sanación del tejido social. Al mismo tiempo, en la medida en que comiencen a cambiar los valores implicados en las prácticas de las instituciones sociales, productivas y políticas, serán mayores las posibilidades de cada individuo de enriquecer su experiencia. ***Por esto afirmamos que la transformación personal y la transformación social son interdependientes.***

Somos en el tiempo - “El tiempo es oro”

Una cuestión importante que está en la base de la evolución personal y social en la actual coyuntura, es la manera de relacionarnos con el tiempo. Nuestra vida ocurre, transcurre y es, en la dimensión de tiempo que se despliega entre nuestro nacimiento y nuestra muerte. El tiempo es el ámbito en que nuestro ser se despliega en un “ir siendo”. No somos siempre idénticos, el tiempo nos hace ser y esto también significa cambiar. Vamos siendo...

La vida es ese espacio de tiempo que ha de haber entre nuestro nacimiento y nuestra muerte. Habitualmente no somos conscientes de ese final anunciado y vivimos sin cuidar la manera en que disponemos del tiempo que se nos otorga para nuestra experiencia de vivir. No solemos elegir en profundidad cómo y en qué lo empleamos. Es por eso importante que reflexionemos respecto de la manera en que nos relacionamos con ese transcurrir de los instantes, las horas, y los días en que estaremos sobre la Tierra. El punto clave está en el sentido con el que organizamos nuestra experiencia en cada *instante presente*. Pequeños giros en nuestras actitudes y acciones se irán entrelazando y así generando importantes cambios.

Las formas de ser y vivir heredadas del productivismo utilitario nos organizan en *una* relación con el tiempo. Habitamos el tiempo en tanto *tiempo útil*. Sabemos muy poco de otras formas de estar en él que no sea la de concebirlo como útil para hacer algo. Esta manera de vivirlo se organiza en dos planos complementarios:

Por un lado, el tiempo siempre es concebido como "*tiempo para...*", apuntamos a un resultado útil de él. Como consecuencia de esa mirada puesta en el resultado, *el presente se nos escapa* y sólo lo experimentamos como "tiempo útil para..." Vivimos el "ahora" como instrumental, y por tanto lo usamos para algo que debe ocurrir en el futuro como resultado de mí hacer en el presente. Así es como la vida misma nos ocurre, sin estar realmente en el presente, usamos el ahora para preparar un mañana que nunca amanece.

Actualmente el sentido productivista aún tiene presencia y poder en nosotros como para someter a sus designios a nuestra manera de estar en el tiempo. Incluso el tiempo de descanso es concebido como "necesario para reponer energías" útiles. Así es como prácticamente todas las horas que vivimos quedan tomadas por el sentido de utilidad, sean usadas o no de manera directa con fines productivos. Tanto es así que, en referencia a los momentos en que simplemente estamos, en los que no nos proponemos resultado alguno, solemos expresarnos con frases tales como "perdiendo el tiempo" o "matando el tiempo"...

Por otro lado, esta forma "útil" de ser y estar en el tiempo impera en tal manera en nuestro modo de vincularnos con lo que hacemos cuando trabajamos, que inhibe el registro y la valoración de otras sensaciones que no cuentan para lo útil del trabajo. Así experiencias positivas que nos ocurren mientras trabajamos, y que implican realizaciones gratificantes, quedan en un registro sensual débil y sin ser vividas en toda su riqueza existencial. Así el placer de hacer lo que hacemos, el disfrute de la relación con otros en un equipo de trabajo, la alegría de estar vivos... son sensaciones que preferimos no evidenciar y hasta no registrar. Así es como la

gestualidad adusta y “caracúlica” se volvió imagen de responsabilidad y seriedad laboral. Parecería que el productivismo busca un reaseguro de su vigencia en la sensualidad “seria” y sufriente de sus actores.

Se plantea entonces la necesidad de nuevos aprendizajes en nuestra relación con el tiempo. Encontrar otras maneras de estar y ser en él. No precisamos todo el tiempo de cada día para las tareas útiles, ni nos sirve estar pre-ocupados por ellas cada hora del día. Necesitamos dar espacio en el tiempo diario a otras situaciones que nos atraen en la experiencia de vivir. Aquilatar esos intereses, validarlos, jerarquizarlos y cultivarlos. Otorgarles sentido pleno. También, es importante desarrollar nuestros registros de las sensaciones gratificantes, alegres, divertidas, que muchas veces nos generan las actividades productivas y que quedan sepultadas por la hegemonía dictatorial de una supuesta responsabilidad con la tarea.

Esto puede ser el comienzo de otra forma de relacionarnos con el tiempo, una manera de vivirlo que nos abra a nuevas dimensiones de nuestro estar en él. Dado que vamos siendo en el tiempo y que nuestro ser se construye en las maneras en que vivimos, podemos re-construirnos y cambiar a través de nuevas maneras de estar-ser en él. Es por todo esto que importa no dar por obvia nuestra relación con el tiempo. Repensarla será significativo para generar formas novedosas de ser.

IV - En nuestros corazones anidan semillas de lo nuevo

Sé que 25 años de experiencia en la tarea de ayudar a las personas a pensar como mejorar su calidad de vida, me ubican en un lugar privilegiado para avistar las fuerzas espirituales y deseantes que se arraigan en la subjetividad contemporánea. Pero también creo que algunos datos son más o menos claros para todos los que se animen a indagar con atención y coraje dentro de sí mismos y en su contexto inmediato.

Por cierto, nada de esto está en estado acabado y todo ocurre como en las tenues luces del amanecer. Es decir que las formas no son nítidas ni están del todo claras. En estos tiempos, es inevitable la coexistencia en nosotros de lo viejo que se retira y de lo nuevo que se afirma. Si aceptamos esta dualidad como parte del proceso podremos visualizar el espíritu más general de lo que está naciendo, novedades que no son pocas ni pequeñas. Si ponemos atención a ese registro detectaremos, en nosotros y en otros, nuevas pulsiones que buscan maneras de realizarse en nuestras vidas.

Para elaborar esos caminos de transformación es de vital importancia ser conscientes que en todas las experiencias que vivimos gestamos nuestro ser y hacernos cargo de la responsabilidad propia que eso convoca en nuestra experiencia cotidiana. Con nuestras prácticas esculpimos quiénes somos. Repetimos y reforzamos *o re-significamos y cambiamos*, nuestra forma de ser. Con cada acción, alimentamos y energizamos nuestro ser con el espíritu que la orienta.

Es el espíritu organizador de nuestra forma de ser lo que está en crisis en nuestra época. Es lo que necesitamos actualizar y mutar en nosotros mismos para poder vivir con mayor intensidad y alegría. Para eso tenemos que asumir nuestra posibilidad y nuestra responsabilidad como co-creadores de nuevas formas de lo humano. Lo podremos hacer *si ponemos atención, intención y voluntad en el intento*. Necesitamos debilitar el poder que los rasgos de las viejas formas de ser y de vivir tienen sobre nosotros, para poder afirmar en pequeños cambios de nuestras actitudes y acciones, nuevos vectores de sentido. Nuevos valores que nos acerquen a la sintonía con las condiciones de posibilidad de la época en la que vivimos.

- Donde en nosotros radica **la codicia**, necesitamos ambicionar **felicidad y alegría de vivir**.
- Donde en nosotros impera el **narcisismo egocéntrico**, la necesidad de **ser importantes y poderosos**, necesitamos aprender a **gozar el encuentro entre iguales**.

- Donde en nosotros se instala el **deseo de poder** sobre cosas y personas, y cuando la necesidad de control orienta nuestros actos, necesitamos aprender a **aliarnos y convivir amorosamente** con quienes nos rodean y con lo que nos rodea.
- Donde en nosotros surge **el miedo** y el rechazo de los “diferentes”, necesitamos cultivar la **confianza y la comprensión**.

Algunos vectores que pueden orientarnos en la transformación

Muy sucintamente enunciaremos aspectos de cambio existencial que entendemos constituyen los ejes fundamentales del proceso en que nos encontramos. Con esto tratamos de indicar a qué referimos cuando sostenemos la necesidad de re-pensar y re-diseñar el sentido de la vida y así también el de de la economía y de la producción.

Del dominio al amor

Las épocas históricas definen diferentes órdenes de sentido que organizan la realidad. Es lo que se llama “el espíritu de la época”. La mutación que transitamos tiene su eje en ese orden del sentido y se expresa en primer lugar en nuestra relación con las otras personas y con la naturaleza. Es un cambio que nos traslada progresivamente del **dominio** al **amor**, como sentido en el que han de pivotar cada vez más nuestros deseos y nuestras prácticas.

Cada uno de nosotros es parte del Todo. Lo que le ocurre a cada parte de ese Todo afecta a las demás y, consecuentemente, a cada uno de nosotros. La experiencia vivenciada por cada parte de lo que el Mundo es, también constituye las vivencias de cada una de las otras partes. No se trata de una afirmación “espiritual” sin consecuencias concretas en lo que cada uno sentimos y experimentamos. Podemos ser más o menos inconcientes de esos impactos, pero eso no los hace menos reales. El grado en el que vayamos aprendiendo a vivir en alianza amorosa con los otros, con la naturaleza y con las cosas, nos posibilitará una experiencia mucho más gratificante, alegre y amorosa de nuestra propia existencia.

Somos cada vez más las personas que, de manera aún débil, confusa y poco compartida, comenzamos a registrar la riqueza de vida que nos genera ser menos posesivos, menos dominantes y más atentos al encuentro en alianza con cada otro y, también, con los animales y las cosas. Para acceder a esas riquezas necesitamos

poner la intención de nuestros actos en línea con lo nuevo que queremos vivir y ser proactivos con lo que queremos que nos ocurra, tanto en nuestras vidas privadas como en nuestra convivencia social.

Si prestamos atención, veremos que este proceso de corrimiento **del dominio al amor** ocurre en muchos de los aspectos de nuestra vida, aunque todavía en grados muy sutiles. Las señales son más nítidas en las relaciones en las que estamos habituados a reconocer la presencia del amor: por ejemplo, las relaciones padres-hijos o los vínculos de pareja. En otros planos existenciales (las relaciones de trabajo, las actividades políticas e institucionales y la relación con las cosas) casi no somos conscientes de los tenues giros de nuestro deseo y nos es mucha más difícil generar conductas que generen nuevas posibilidades.

Más allá de declaraciones que hablan de buenas intenciones, nuestras prácticas se mantienen empantanadas en las formas orientadas por el sentido de dominio. Nos apegamos a la seguridad que nos provee lo conocido, sin asociar esa repetición con sus resultados, que conducen a una creciente pérdida de sentido y valor de nuestra existencia.

Del “deber ser” al deseo

En nuestra época la relación con nuestro propio deseo es un aspecto central del proceso evolutivo. En el deseo radican las señales de nuestro corazón para identificar las posibilidades que lo actual del mundo nos ofrece. Pero no se trata sólo de registrar las posibilidades a las que esas señales apuntan, sino también de hacernos responsables de sus concreciones en los grados posibles en cada momento. ***Conciencia del deseo y responsabilidad con los caminos de su realización, deben ser dos movimientos de una misma estrategia de vida.*** Serán necesarios proyectos que respondan a esos deseos y esfuerzos que alimenten su afirmación y despliegue.

En este camino cada uno debe ser el principal responsable de sus propios proyectos. Para esto necesitamos una resignificación de la palabra “responsabilidad”, hasta lograr que en ella resuene más el deseo que el deber. En nuestro lenguaje cotidiano “ser responsable” aún se escucha como respuesta a una obligación establecida desde una norma o mandato externo que nos indica lo que debemos hacer. Hay otro significado posible de “ser responsables”, es sentir y ejercer compromiso con nuestras propias ganas de que algo sea.

Ser responsables posicionados en la “obligación con el deber” o serlo desde el “compromiso con nuestros proyectos”, nos posiciona de maneras distintas ante el esfuerzo y también ante el goce de lo que hacemos. El compromiso con lo más propio de nuestras fuerzas deseantes nos devolverá la capacidad de esforzarnos y de invertir con alegría nuestras fuerzas vitales. Se vitalizará nuestra *fuerza de voluntad*, algo que resulta cada día más débil cuando sólo se enraíza en el deber y la obligación.

Cuando imaginamos proyectos o maneras de vivir que van más allá de las viejas formas conocidas de ver la vida, aún nos sentimos culpables o nos vemos a nosotros mismos como espíritus fantasiosos y fuera de la realidad. Eso nos debilita y paraliza en relación a las acciones que necesitamos abordar para esculpir en nosotros una nueva manera de ser y vivir.

Para generar proyectos imaginados desde el deseo (lo que tenemos ganas de vivir) será necesario un caudal importante de *autonomía*, que nos permita proyectarnos en horizontes que hagan posible afirmar valores y sentidos diferentes a los establecidos. Las *alianzas* con otros para pensar y evaluar cada proyecto y cada acción que apunte a esas situaciones novedosas y diferentes, serán otro de los ingredientes necesarios para generar apertura de conciencia y fuerza operativa en cada uno.

Responsabilidad con el goce de vivir

La ética que nos organizó como personas tiene como eje el sacrificio de cada presente en aras de la construcción de condiciones materiales que concebimos como fundantes de nuestro bienestar futuro. El goce presente se relega en aras de un mañana que siempre será “mañana”... Dado que la vida es un sucesivo devenir de presentes, si nuestra forma de vivir cada momento posterga el goce este queda casi enteramente fuera de nuestra experiencia. Nuestra conciencia no lo significa como un valor, y por tanto no lo atendemos ni cultivamos.

Nos posicionamos ante el goce como si lo que podemos tener de él en distintas circunstancias, fuera algo que debe darse “espontáneamente” y no como resultado de acciones nuestras, que lo incluyen en su intensión y diseño como objetivo. Asumir el goce y la alegría de vivir como un eje de sentido de nuestros proyectos, incluirlo proactivamente en nuestras estrategias en las distintas esferas de nuestra experiencia, será un cambio importante a conquistar en nuestras maneras de pensar y en nuestras prácticas de vida.

Del utilitarismo-consumista al vivir gozoso y responsable

En nuestra formación, la valoración del “hacer utilitario” y del “ser desde el tener” es de tal presencia que se nos hace difícil validar y ejercer la intensión de vivir más interesados en el goce y la alegría que en las posesiones y el consumo. Sin embargo, apenas se plantea el tema en alguna conversación, nos surgen quejas y demandas en pos de la felicidad y el disfrute de la vida. Ocurre que, de manera confusa, intuimos que el mundo actual ofrece la posibilidad de una experiencia mucho más alegre y placentera que aquella que nos fue enseñada como valiosa. Algo nos dice que cada vez se trata menos de saber lo que es “útil”, lo que “debe” hacerse, y cada vez más nuestros intereses pasan por alimentar nuestra alegría y goce de vivir. Esto aún es en nosotros una perspectiva existencial incipiente, poco autorizada y menos aún delineada. No tenemos clara la ruta, pero debemos saber que, aunque a tientas, hemos comenzado a transitarla.

Autorizarnos a re-crear la ética

Los ejes que proponemos atender en el camino la transformación existencial, implican sin duda abrir un camino de re-significación de la ética en la que nos formamos y que nos organiza como personas y como sociedad. Para re-crearnos necesitamos autorizarnos a gestar una nueva ética existencial y convivencial. Una ética que nos permita *recrear las ideas y las prácticas del “bien” desde la emoción, el deseo, la singularidad y las condiciones de posibilidad de cada situación.*

Será muy importante poner en los cimientos de lo nuevo lo singular de cada experiencia y al otro como *un otro válido en su diferencia*. El respeto de la diferencia y el diálogo creador, serán condición esencial para el nacimiento de una nueva ética, más solidaria y generosa, que dé forma y valide lo nuevo. Habrá que repensar las verdades y los valores conocidos.

Para autorizarnos en esta autoría volvamos a recordar que los tiempos han cambiado y con ello también se ha transformado lo que es posible ser vivido por los humanos. Es esto lo que está a la base de la necesidad de generar y vivir otra idea de “lo bueno”. Lo que antes fue conveniente y bueno ahora puede resultar un molde sin fundamento al que nos sometemos desde un funcionamiento en “piloto automático” que nos hace repetir lo conocido como si fuera verdadero y válido por siempre.

V - Y entonces, ¿con la crisis económica, qué...?

Si bien la producción es una dimensión de la existencia humana y, como tal, no puede dejar de estar presente en nuestra vida, sí puede ser organizada, y ser, de maneras diferentes. Y lo que puede ser diferente no son sólo las técnicas productivas, sino también el posicionamiento y la relación que las personas tenemos con las acciones de producir y también de distribuir y consumir. Así, serán diferentes las maneras en que nuestras acciones productivas impacten en nuestras vidas y la significación que tengan en ella. No es lo mismo pensar en el lugar que la producción ocupaba en la existencia humana en los tiempos históricos de enorme necesidad y carencia, que el que sería bueno que ocupe en la actualidad, en un mundo caracterizado por un alto desarrollo de las técnicas productivas y por las posibilidades de abundancia que eso genera.

Hubo tiempos de la historia en que la vida dependía en tal grado de las acciones productivas, que se hizo indispensable aceptar el trabajo humano como un esfuerzo sacrificado que requería la consagración en horario completo de la vida toda. Fue entonces necesario que las personas lo concibiesen como el verdadero significado de sus vidas. En él necesitaban invertir casi todo su tiempo y energía. Esa experiencia organizó una ética y una concepción de la vida que aún hoy nos constituye, pero a cuya crisis asistimos. Las condiciones cambiaron, y actualmente es imperioso que re-pensemos el sentido desde el que organizamos nuestra existencia, sentimos, actuamos y también las maneras en que producimos, distribuimos y consumimos.

Necesitamos dar importancia a otros aspectos de la vida, a los que atendemos poco, a los que no cultivamos ni enriquecemos. Son aspectos de la experiencia que hasta ahora hemos vivido como si fuesen secundarios, dado que heredamos una experiencia histórica en la que su atención no estaba dentro del orden de lo razonable. Incorporamos esas limitaciones como “lo natural” Así es que ni elegimos, ni jerarquizamos, ni diseñamos nuestras vidas, sino que las transitamos aceptando su carácter instrumental a la producción y poniendo en lugar secundarios el resto de sus manifestaciones. En nuestra historia la producción fue sentido de la vida y no la vida sentido de la producción.

Necesitamos reposicionar nuestra relación con la producción

Lo que primero debe ser puesto en cuestión es esta “dictadura” de la utilidad productiva como único sentido organizador de nuestra existencia. Creo que

necesitamos pasar de la manera de hacer las cosas en la que la vida se experimenta como un instrumento simplemente útil a la producción, a otra forma de hacer en la que la producción sea un espacio alegre y deseable de la vida.

Necesitamos idear las formas de organizar las acciones productivas de manera en que el tiempo de trabajo sea un tiempo en el que disfrutemos de hacer lo que hacemos y también de participar de manera responsable en la producción social de lo necesario para la vida. (Quizás algunos rasgos de lo que puede significar esta posibilidad nos lo muestren la experiencia de los artistas. A ellos se les ha pagado desde hace tiempo por hacer lo que les gusta hacer y más si lo hacen con esmero, responsabilidad y atentos a todo su potencial creador.)

La posibilidad de abrirnos a nuevas formas de producir comenzará por poder ver que el trabajo puede encararse sólo en función de su resultado, o también como una acción con riquezas inmanentes al tiempo en que ocurre. Esta última posibilidad se enraíza en el gusto de hacer lo que hacemos y en poner el sentido de lo que producimos como aporte a la calidad de vida de nuestros clientes. Eso hará de nuestro trabajo un espacio de realización personal, que al entretenerse con el de los otros, alimenta y también diseña una nueva forma social de participar en la producción.

Para re-posicionarnos en la tarea productiva, necesitamos activar dos preguntas:

- **La primera pregunta es por lo que nos gusta hacer. Sólo posesionándonos desde allí podremos comenzar a habilitar la tarea como un ámbito de goce.**

La presencia de la robótica cambió de manera radical la índole del trabajo humano. Con ella el acto productivo humano dejó de ser principalmente la acción repetitiva que acompañaba y complementaba a la máquina, para ser la actividad conciente y creativa que supervisa y recrea la técnica. Esto será más así en el grado en que el trabajo sea una acción amigable y gustosa, y el eje esa posibilidad radica en el gusto por la tarea

Actualmente el deseo de orientar nuestra actividad desde lo que nos gusta hacer esta en el marco de posibilidades de muchos de nosotros, sin embargo la resistencia de los viejos supuestos ordenadores de nuestra relación con el trabajo, diseñados desde la idea de la obligación y el deber, hegemonizan aún la manera de

posicionarnos en el tema. Necesitamos generar una actitud que nos autorice el cambio y nos abran camino en ese rumbo.

Si seguimos actuando como si el trabajo es aquello que se hace sólo "como medio de vida", o como generador "de dominio sobre cosas y personas", entonces el trabajo será sólo un generador de posibilidades económicas en la vida. Necesitamos aprender a habitar el goce y la alegría del trabajo y eso depende en gran medida del gusto por la tarea que realizamos.

- **La segunda pregunta que nos interpela es por el sentido de lo que producimos. Será bueno que seamos concientes que con eso que hacemos nutrimos la vida nuestra y de los otros.**

Cuando estamos atentos a esta cuestión podemos ser más auténticamente co-creadores de la vida que queremos vivir y de la existencia social que queremos compartir con otros.

Algunas tareas pueden ser vividas como una gustosa manera de ganarse la vida, un agradable "medio de vida", pero son muy poco responsables con el valor existencial de su producto. Si bien esta condición de agrado entrega una riqueza existencial importante para quien la realiza, en comparación de tareas que son desagradables, no contiene la intensidad de la experiencia que implican aquellas que son responsables de su efecto en el cuidado y enriquecimiento de la vida de sus usuarios. Tareas en donde se pone en acto la re-creación del mundo, como experiencia *también* humana.

Visto desde la perspectiva del sentido de lo que hacemos, no es lo mismo producir juegos de creatividad para los niños que producir juguetes que proponen divertirse con la simulación de actos de guerra y de muerte. No es lo mismo dedicarse a la producción de tabaco, que a la producción de trigo o maíz. Y no es lo mismo para gerentes y obreros, ni lo es para los capitalistas inversores.

Los ejemplos esquematizan, pero lo que importa que quede claro es que lo que producimos con nuestro trabajo tiene un impacto principal en nuestra experiencia. Impacta en nuestras sensaciones de valía, de realización personal y bienestar. Nos hace personas cuidadosas de la vida y del mundo que compartimos con los otros, o lo contrario, sólo atentas a nuestros intereses o necesidades económicas. Deja huella en nuestras emociones y moldea nuestro ánimo.

Para que todo esto nos sea posible de vivir, necesitamos animarnos a re-crear la espiritualidad que da forma a nuestras acciones productivas. Es este uno de los planos más decisivos de nuestras posibilidades de superar la crisis del productivismo, de re-significar y re-encantar nuestras vidas. Una cultura organizada desde y para la producción, sólo podrá acceder a la libertad necesaria para re-inventarse, rediseñando las actitudes y los sentimientos que en el plano productivo fueron el eje de la manera de ser y hacer las cosas.

La posibilidad de cada uno re-crearnos afirmándonos en nuevas formas de ser productivos, depende de poder encarar el trabajo como una acción cargada de sentido más allá y más acá, de su compensación económica. Así es como el trabajo será un espacio de nuestra realización personal y de recreación de nuestra manera de ser y vivir.

Encontrar el sentido del trabajo es lograr que en lo que hago esté presente y haya afirmación del espíritu que alienta mi sensación de bienestar en la vida. Que mi hacer productivo pertenezca a la “familia espiritual” de lo que quiero para mí vida y de lo que deseo compartir con los otros.

Un trabajo en el que participamos registrando el valor existencial de lo que producimos, no es solamente menos aburrido y más agradable que la tarea cuyo producto no nos conmueve o nos parece poco valioso. Es la acción de una persona que afirma sentido y lo alimenta; que construye el mundo que quiere.

Que una tarea laboral sea un proyecto más vital, es decir que su despliegue intensifique la vida de quien la ejecuta, deviene del sentido de aquello que se produce y que se propone a otros adquirir. Hay más intensidad de vida en una tarea, en la medida en que en ella se producen posibilidades de mejorar la vida a sus clientes. Hacer cosas que potencian nuestra propia vida y la de otros, es lo que nos permite sentirnos más vivos y vivir la acción productiva con mayor intensidad.

Como en todos los cambios existenciales que intentemos, para re-crear este vínculo con el trabajo necesitamos reconocernos como personas organizadas por la historia y en nuestra historia, pero también como parte gestora de los caminos de nuevas historias. En tanto somos parte del devenir sagrado de la Creación, nuestra vida es desde la tradición, pero también es en la co-creación.

Una re-construcción ética de la producción

En el mundo productivista en que nos formamos y que insiste en perdurar, el trabajo, la acumulación de riquezas y el progreso económico individual y social eran dadores de sentido, es decir, daban forma y razón de ser a la existencia de las personas. La utilidad en si misma era constituyente de sentido, cualquiera sea el significado de lo producido en la vida del productor y sus consumidores. Lo que importaba era producir más, generar más utilidad, desarrollar las fuerzas productivas... Eso daba intensidad a la existencia. El sistema económico se encargaba de ordenar todo acto productivo en el damero del “progreso”. Esto era resultante, e intentaba dar cuenta, del estado de carencia y del “raquitismo” de los medios de producción. ***Individualmente la motivación era la ganancia, socialmente el desarrollo.***

En las primeras etapas del progreso industrial la inmediatez con el producto y con los clientes organizó en parte una ética de la producción, tanto de los patrones como de los obreros. Si bien lo medular se depositaba en los resultados económicos, había una situación de inmediatez con el producto y de vecindad con el cliente que comprometían vincularmente a los productores y que generaban responsabilidad con lo producido. No solo se era “un señor”, burgués o proletario, por lo que se ganaba y el dinero del que se disponía, sino también por la calidad del producto o el buen servicio que prestaba a otros con su tarea. Los clientes tenían nombre y apellido, eran en más o en menos, conocidos.

Con el crecimiento del aparato productivo, la concentración industrial y urbana, las grandes escalas de producción y la globalización del mercado, creció la distancia y el anonimato entre productor y cliente. Se quebró así toda estructura de presencia y relación ética inmediata entre productores y consumidores. Solo quedó entonces la cuestión de la calidad en tanto competencia por el mercado y la ganancia. Pero aún eso cada vez fue más manejado por el marketing que por la calidad del producto real. Ahora ocurre que la utilidad productiva ya no crea “señores” ni “hombres”, solo otorga dominio sobre cosas y personas. Y eso ya no es sentido de la vida, sino sólo resto agonizante de lo que fue sentido.

De lo que se trata entonces no es de un planteo asociado a las ingenuidades de cierto discurso moral de hacer el bien a otros, hacer por los otros, ser desinteresado. Por el contrario, es el intento de atender los intereses propios más profundos, aguzar la mirada en defensa de ellos, al mismo tiempo que quitamos a la economía el rol protagónico para hablar de nuestros intereses. Ser concientes que

la riqueza de nuestra propia experiencia de vivir depende de esta reconstrucción ética, será un anclaje principal de su realización en nosotros mismos.

La otra pieza fundamental de esa reconstrucción será que cada uno nos vayamos reconociendo como *parte de un todo* al que pertenecemos con los otros. Nuestra vida es un constante estar en relación. Esa experiencia relacional nos constituye en una profundidad que en general no reconocemos. La riqueza y la pobreza ética-vital de cada vínculo están presentes en nuestras vidas. Somos lo que somos en esa experiencia de constante relación con lo exterior. No hay un adentro impoluto en si mismo, sino una interioridad constituida y recreada constantemente en ese vínculo que mantenemos con lo que nos es exterior: los otros, todos los otros, y todo lo otro (cosas y naturaleza).

Así con un amigo, un perro, un plato de comida, un hijo, un árbol, mi mujer, mi trabajo. No se es mal amigo pero buen padre; ni tampoco es posible el buen padre o buen amigo que al mismo tiempo es superficial y aprovechador con otros. La riqueza de la experiencia en un plano existencial, siempre estará presente en la riqueza de los otros planos. Igual es con las miserias. Ser y vivir con mayor riqueza e intensidad, es una búsqueda a abordar en todas las manifestaciones de la propia vida. La esfera laboral ocupa parte importante de nuestro tiempo cotidiano. Atender a cómo somos y qué producimos en ella, es una cuestión vital en nuestro cuidado existencial.

El “Negocio Existencial”: un nuevo principio orientador de la actividad empresaria

Una cuestión principal en esta búsqueda de una nueva ética de la producción, es la orientación de las estrategias empresarias. Esto invita a considerar la manera de ejercer sus roles por parte de funcionarios y dueños de las empresas. En nuestros días las exigencias del mundo de los negocios crecen sin cesar y generan en los empresarios mayor tensión y agotamiento. Al mismo tiempo cada día es mayor el número de empresarios que se plantean, más o menos concientemente, el deseo de vivir con mayor serenidad y bienestar. Esta contradicción hace imperioso el replanteo de las estrategias y la creación nuevas maneras de ejercer los roles de liderazgos, que posibiliten el cuidado de la calidad de vida de los hombres de negocios y de sus colaboradores.

Es habitual que los empresarios no logren encontrar suficiente tiempo y serenidad interior como para atender las urgencias de su actividad y a la vez estar atentos a las cuestiones de su vida privada. Su preocupación por maximizar las ganancias ocupa casi totalmente su tiempo y energía. Esto dificulta los vínculos con su familia y amigos y potencia la dinámica de malestar consigo mismo. Este proceso de estrés suele incidir en su creatividad estratégica, eso los debilita y les crea más tensión en las tareas. Se inicia así un círculo vicioso del que se hace cada vez más difícil salir.

¿Es posible revertir esta situación? Creemos que sí. Será necesario que se desarrolle en la experiencia de cada cual la actitud de dar significación e importancia a la conexión, propia y de otros, con la alegría y el goce de vivir. Esta formulación suena extraña a las cuestiones de la producción. Sin embargo su impacto será cada vez de mayor en ese plano de la existencia. Se trata de replantear la idea de riqueza: pasar de poner el foco en la riqueza material a orientarnos por la idea de *riqueza existencial*, esto es: *la vida es más rica en el grado en que logramos acceder al disfrute de cada experiencia*.

Para esto será necesario asumir la responsabilidad de buscar caminos novedosos. Tres pilares serán importantes para posicionarnos mejor ante este objetivo:

- Ser consciente de la finitud de la propia existencia. Ella ocurre, va pasando y se va consumiendo en cada instante que vivimos.
- Aprender a posicionarnos ante la tarea aquilatando cada situación como parte de la vida y no sólo del negocio.
- Saber que es en la vida donde se generan las energías creadoras y que, por tanto, cuidar la vida es cuidar la fuente de todo.

En lo personal:

Es necesario re-pensar y disminuir el grado de determinación e importancia que tiene el éxito económico en las sensaciones de logro y realización personal. En la experiencia empresarial es habitual que concibamos la vida como una apuesta centrada en ese objetivo. Sentimos que “somos alguien” en la medida en que crece nuestro patrimonio y nuestro status económico. Desde este horizonte existencial es inevitable que las cuestiones del trabajo nos absorban, se tornen estresantes y generen un permanente estado de preocupación. Tanto el goce como el bienestar, el amor y los afectos, se colocarán así en un lugar secundario, a pesar de que declamemos lo contrario.

Si tomamos conciencia que la riqueza de nuestra vida está forjada por experiencias que ocurren en planos múltiples (el familiar, el amoroso-erótico, el productivo, el amistoso, etc.) y atendemos cada uno de esos planos en función de nuestra expectativa de felicidad y bienestar, entonces comenzaremos a valorar cada experiencia (incluida la laboral) prestando atención a la calidad de nuestras vivencias, y no sólo al resultado que logremos.

Este cambio requiere, como todos los cambios, generar las condiciones de su posibilidad. En este caso una condición principal es reflexionar sobre el cuidado de nuestra vida e intencionar la búsqueda de nuevas maneras de ser y hacer. Interrogarnos a nosotros mismos, y con otros, sobre la posibilidad y conveniencia de cambiar estrategias productivas y maneras de gestionar originadas en condiciones de la producción que ya no están vigentes, pero que aún dan forma a la manera en que vivimos y trabajamos.

Hasta que no re-pensemos nuestras creencias y maneras de vivir y activemos nuevas formas de ser y hacer desde nuestras propios deseos, estaremos sometidos a los mandatos y las creencias del pasado. Seguiremos determinados por ellos sin poder ejercer la elección de nuestra propia experiencia. *Así funcionan los dispositivos culturales: perduran más allá de su validez histórica, hasta tanto su molesta falta de actualidad motiva a las personas a cuestionarlos y recrear ese aspecto anquilosado de las costumbres.*

Es el estado actual del mundo lo que nos desafía a activar esa búsqueda, asumiendo el derecho de preguntarnos por la relación entre lo que deseamos y lo que es posible en nuestro presente. Se trata de apropiarnos de *un proceso transformador en el que es necesario rediseñar todas las estrategias y acciones existenciales, incluías las productivas.*

En este punto conviene tener presente que si bien las formas utilitarias de vivir nos implican a todos los que participamos del mundo productivista actual, hay roles cuya práctica está más implicada en esta manera de ver y experimentar la vida. En general los empresarios están muy tomados por esta problemática. Son los mayores beneficiarios económicos del sistema y esto los arrastra a un posicionamiento que cada vez es menos funcional a su propia vida.

De tal suerte, lo que los hace materialmente privilegiados, también los somete a una mayor presión utilitaria. Esto los confrontará cada vez más con la necesidad de encontrar maneras de aflojar la tensión entre la tasa de ganancia y la vida buena.

Hacerse más responsable del cuidado de la propia existencia es un paso imprescindible para comenzar a recorrer ese camino.

En lo organizacional:

Las prácticas organizacionales que son habituales y las ideas con las que se gerencian las empresas están orientadas por el objetivo del mayor rendimiento económico, de manera prácticamente excluyente. El bienestar existencial de las personas no es valorado. Las estrategias, los roles y el esfuerzo de las personas son diseñados sin tener en cuenta el impacto en su calidad de vida. Esto casi siempre incluye a quienes son beneficiarios de la ganancia.

Ya es tiempo que nos interroguemos sobre esta realidad alienante para todos. A la hora de pensar las políticas de la empresa, es imperioso que comencemos a considerar las conveniencias existenciales de todos sus integrantes. Atenderlas será conveniente para las personas y también para la empresa. La evaluación de cada proyecto y de cada estrategia debería atender no sólo *al negocio en tanto resultado económico*, sino también su incidencia en la calidad de vida de quienes trabajan.

Esto habilitará una nueva perspectiva y sugiere un concepto nuevo para las actividades productivas, al que propongo llamar “**el negocio existencial**”. Refiere a una concepción de la planificación y evaluación de las tareas y de sus resultados que atiende a múltiples objetivos, entre los que se destacan: la subsistencia y la ganancia de la empresa, el bienestar de las personas que la integran, el cuidado del medio ambiente, la calidad de los productos o servicios... Todos estos objetivos deben estar presentes y ser orientadores a la hora de elaborar políticas y de fijar pautas organizacionales.

Desde el punto de vista de los intereses que están en juego, se trata de tener presentes y atender una multiplicidad de ellos:

1. intereses económicos (ganancias y sueldos)
2. intereses emocionales y anímicos. (Como se sienten las personas en la empresa y con su tarea: entusiasmo, alegría, fuerza, bienestar...)
3. intereses vinculares. (cómo son las relaciones interpersonales. Competencia / alianza. Rivalidad / colaboración. Comunicación / incomunicación...)
4. intereses de la salud. (tanto física como psíquica)
5. intereses familiares. (atender el impacto del trabajo en la calidad de vida familiar)
6. intereses ecológicos.

El cambio de perspectiva que proponemos no sólo es posible sino que resulta necesario y conveniente a la hora de considerar la solidez estratégica de la empresa y su permanencia en el tiempo. La potencia creadora y productiva de las personas se enraíza y se alimenta de fuerzas que surgen de la vida. El bienestar existencial de las personas es una fuente de fuerza vital. Su desatención implica dilapidar potencias creadoras que también se restan a las posibilidades productivas de la comunidad empresaria.

En la actualidad resulta evidente que la revolución tecnológica transformó la participación de los humanos en su acción productiva, sin embargo seguimos atados al viejo espíritu del gerenciamiento. Heredamos estrategias productivas en las que eran indispensables líneas duras de mando, repetición y obediencia. Esto se inscribió en nuestras formas de ser como individuos y consolidó en nosotros vínculos caracterizados por el dominio de unos sobre otros.

Actualmente estamos transitando una realidad productiva que requiere cada vez más **creatividad, ganas, imaginación, compromiso y conocimiento**. Este estado de cosas es lo que nos entrega la posibilidad, pero también actualiza la necesidad, de prestar mayor atención al cuidado de las fuerzas vitales involucradas en las empresas, **las personas**. En las actuales condiciones aquellas organizaciones que no atiendan esta cuestión serán cada vez más débiles. Las que apunten sólo a lograr la mayor rentabilidad inmediata, tendrán un futuro corto y poco promisorio.

Hoy las dimensiones de lo personal y de lo organizacional no son esferas separadas, sino que se interrelacionan y se potencian mutuamente de maneras muy concretas y que son de alto impacto. Es necesario re-pensar la interrelación de todos estos factores para abrir en cada uno de nosotros, y en nuestras empresas, la posibilidad de resolver la ecuación persona-producción de maneras nuevas y más potentes.

Acrecentar el goce de vivir es también acrecentar la capacidad de imaginar y ejercer formas más creativas de producir. A su vez, elaborar cambios que nos cuiden como personas en nuestra experiencia productiva, nos posibilitará una cotidianidad más alineada con la alegría y el goce. Las dos esferas, la productiva y la privada, se potenciarán mutuamente en su cambio y enriquecimiento.

Viejas creencias, nuevas miradas

Para repensar nuestras estrategias productivas y actuar en sintonía con el cuidado de la vida, será necesario re-preguntarnos sobre muchas de nuestras creencias que constituyen la base de nuestro funcionamiento actual. Enunciaremos algunas de ellas para ejemplificar la amplitud que creemos es necesario dar a la agenda de discusión que nos posibilite interrogarnos sobre la economía que queremos y sobre cómo diseñar sus prácticas.

- **Del desarrollo económico a la inseguridad.
De los privilegios a lo obsceno.**

Cualquiera sea el lugar de la pirámide social en que nos encontremos y la opinión que tengamos respecto de las diferencias sociales, no podemos dejar de ver que en la historia del capitalismo coexistieron consecuencias positivas y otras de valor negativo. Lo positivo fue que permitió la capitalización y el desarrollo del aparato productivo, con el consecuente crecimiento de la riqueza disponible. Esto implicó mejoramientos masivos en las condiciones materiales de la vida de las personas. Lo negativo se manifestó principalmente en el reparto de los beneficios de ese desarrollo.

La presencia de enormes privilegios de las minorías y la postergación de las mayorías, dio lugar a las luchas reivindicativas de los sectores postergados que intentaban lograr una distribución más equilibrada en las diferencias. A pesar de esa puja el sistema no sólo implicó injusticias crecientes en la distribución económica, sino que alimentó relaciones de poder que agravaron en extremo esos desequilibrios, en niveles que hoy dificultan la convivencia social.

En un punto del proceso de acumulación de capital las diferencias en la participación distributiva comenzaron a convertirse en exclusión de muchas personas del sistema mismo. El crecimiento del capital y la tecnología hizo decrecer el número necesario de trabajadores en la producción. Un número cada vez mayor de personas quedaron fuera de la organización económica de la sociedad. Ahora, la diferencia social principal ya no es la existente entre lo ricos y los pobres, sino la existente entre quienes aún están incluidos en la sociedad y los que fueron expulsados de ella. En los extremos, la opulencia de los más ricos coexiste con la imposibilidad de alimentarse de los excluidos. La muerte por hambre coexiste con el consumismo desaforado. Lo que antes era injusto hoy es obsceno.

Por este camino, la convivencia social se hace cada vez más conflictiva y hasta riesgosa. Para los excluidos se pierden las posibilidades de sustentación desde el trabajo. La miseria y la carencia extrema muchas veces los empujan a acciones delictivas. En esa situación la vida comienza a perder valor y la peligrosidad que resulta de esa vivencia va instalando el peligro en lo cotidiano. Para los marginados “la vida se devalúa”. Y no es esta una expresión metafórica la pérdida de sentido. Es ahora una enunciación que refleja su realidad cada vez de manera más literal. Para muchos la vida “vale” cada vez menos. Los diarios y la televisión dan prueba de ello cada día.

Está claro que las estrategias productivas y distributivas actuales agravan la desocupación. Y también es claro que eso dinamiza la inseguridad cotidiana. Para algunos, asolados por la miseria extrema, el delito aparece cada vez más como una opción, y la cárcel o la muerte se les actualizan como destinos posibles. Para otros, insertos aún en el sistema, se nos imponen el impacto negativo de esa realidad en nuestras almas y en la inseguridad en la que vivimos nuestra vida cotidiana. *La peligrosidad se instala así como un estado de la sociedad.* Y sin darnos cuenta nos vamos acostumbrando a esa situación. Este proceso se profundizará en tanto no cambien las estrategias en relación con la producción y con la distribución de la riqueza.

Esto marca un límite y señala un abismo ante el cual urge que reaccionemos. Nuestro presente atraviesa el momento histórico en donde el sistema, tal como está funcionando, organizado principalmente por los objetivos de acumulación y el dominio sobre bienes y personas, se ha vuelto inviable. Debe ser re-pensado y re-planteado con urgencia.

- **¿Por qué la expansión eterna?**

El sentido de la producción debería ser la re-producción y la mejora de las condiciones en que ocurre la vida, no el desarrollo económico por sí mismo. La acción de producir debería orientarse por el cuidado y mejoramiento de la vida de las personas y del Planeta. Pero todo ocurre como si el objetivo fuese solamente el desarrollo de la “productividad”, liderado por la pura “capacidad acumulativa” que conlleva la especulación. Como si en eso consistiera la realización vital de algunos seres humanos y como si otros no fueran tales.

Se ha vuelto urgente cambiar la consigna del desarrollo y de la acumulación de ganancias por una más actual: *economías para el cuidado y el mejoramiento de*

la vida. Dicho de otro modo: necesitamos encontrar las maneras de poner el sentido de la producción en acrecentar la alegría y el goce de vivir, de todos.

La experiencia “productivista” que conocemos está atravesada por estrategias que hacen eje en maximizar la ganancia y en la acumulación infinita del capital. A eso se llamó “progreso”. Su realización histórica implicó que el sentido de la vida fuera puesto en el desarrollo infinito de las fuerzas productivas, en aras del dominio de algunos sobre muchos y de la humanidad sobre la Naturaleza.

Esta visión generó un uso instrumental de la vida, una profunda injusticia distributiva y un uso dispendioso de las riquezas naturales, pero lo grave actual es que el proyecto se orienta hacia un abismo de consecuencias negativas imprevisibles. Lo que comenzó siendo “el dominio de la Naturaleza en beneficio del hombre” (consigna inicial de la ciencia y el “progreso”) amenaza con perdurar en beneficio de nadie, sólo montado en su validación como bien mayor. El imperio del sentido de utilidad y dominio más allá del tiempo en que su lógica pudo implicar mejoras, amenaza con poner a la Humanidad en un camino de degradación sin límite.

Nos apremia asumir el desafío de concebir una economía que innove en las maneras de implementar las energías humanas y el capital acumulado en aras de otros objetivos. *Objetivos que maximicen el bienestar, el goce y la felicidad de los productores y de los consumidores.* Para acortar la brecha que nos separa de esta posibilidad, será necesario aprender a sentir, vivir y actuar de tal manera *que la felicidad y el goce oriente nuestras propias elecciones, y que también cuando producimos ese sea el “termómetro” que jerarquice y ordene nuestras acciones.*

Quizás una de las maneras de alimentar este cambio sea que quienes lideran las organizaciones empresarias, se abran a experimentar la riqueza existencial que les puede generar gestionar las acciones productivas apuntando no sólo a la ganancia, sino también al bienestar y la alegría de todos los implicados en esas acciones. Sería ese un camino para aprender sobre el mayor valor que podemos agregar a nuestras vidas asumiendo el compromiso activo con el cuidado de la existencia propia y la de otros.

- **La competencia como dinamizador de la actividad productiva.**
Entre la competencia y la colaboración.

Consideramos a la competencia el principal elemento dinamizador de nuestras prácticas productivas. Trabajamos inmersos en las luchas competitivas sin sospechar consecuencias espirituales y actitudinales sobre nuestro ser. Sin embargo en la competencia impera una manera de operar y relacionarnos que impacta decisivamente en nuestras formas de ser y vivir.

Cotidianamente ejercida, la competencia funciona como manantial de una energía “guerrera”, que centra la intención en el deseo de dominio que rige nuestros vínculos en la vida, tanto en lo personal como en lo social. Da forma a todas nuestras relaciones, incluidas las amorosas...

En el mundo productivista podemos ser más o menos competitivos, pero todos competimos porque éste es el alma que da forma a la experiencia que consideramos fundamental: la experiencia productiva. Vivir accionando cotidianamente en la competencia productiva, tanto sea en la dinámica del mercado como en los vínculos laborales, no es algo que pueda ocurrir sin consecuencias en nuestro modo de ser.

Competir implica alimentar en nuestras prácticas cotidianas una energía contraria al amor y la alianza, al bienestar y la felicidad, a la alegría y al goce de vivir. Significa una limitante de la experiencia y un apocamiento de la vida. Esta es la razón más importante por la que debemos re-pensar el carácter decisivo que la competencia tiene en las dinámicas de la producción. Desde allí su espíritu se expande a nuestra vida toda. Necesitamos reflexionar sobre esto y ampliar la presencia de la colaboración productiva y el hacer en alianza con los otros, para dar lugar a experiencias que alimenten en lo cotidiano energías de cuidado y amor a la vida.

Es difícil imaginar el reemplazo de la competencia en su función reguladora de la economía, sin embargo, debemos comenzar a pensar la cuestión. Seguramente no va a ser sencillo reemplazar un mecanismo que funciona como alma misma de la actitud productiva. Quizás en lo inmediato, sólo encontremos modos de disminuir en algo su presencia. Pero eso mismo será ponernos en camino para interrogarnos sobre estrategias más profundas que instalen la colaboración y la alianza en el hacer-en-común. De lo que no hay dudas es que necesitamos atender el hecho de que ***vivir en competencia limita las posibilidades de acrecentar nuestras riquezas existenciales.***

- **La mayor ganancia es necesariamente eje de sentido de la empresa?**

Lograr la mayor ganancia funciona como el eje principal del accionar de las empresas. Esto parece tan natural como que las copas de los árboles se orienten hacia el cielo. Sin embargo, para la empresa, en tanto conjunto de personas, son pensables objetivos diferentes, a partir de que sus integrantes den importancia también a otro tipo consecuencias de sus acciones. Si somos capaces de ejercer esta posibilidad de replantear el sentido de las acciones productivas, se nos abrirían infinitas posibilidades nuevas para rediseñar y enriquecer la producción y la vida misma. Sin dudas sería necesario generar la “*ganancia necesaria*” para la vida de la empresa, pero ya no sería “razonable”, y mucho menos “natural”, que las empresas orienten sus acciones desde la perspectiva excluyente de maximizar la ganancia.

Valgan las cuestiones enunciadas como ejemplo del orden de asuntos que, creemos debemos pensar con relación al funcionamiento productivo. Toda la realidad en la que vivimos se está alterando. Todo lo que hoy sentimos como dado y que entendemos como que “es así”, buscará una nueva versión que sintonice con las condiciones actuales del mundo y con el nuevo espíritu que intenta orientar la vida reconociendo esas nuevas condiciones existentes. Este devenir es el que debemos acompañar también en el ámbito de la producción y facilitarlo para que la transformación necesaria sea eficiente y lo más amigable posible.

Mañas y debilidades nacionales

Lo que proponemos reflexionar sobre el estado de la vida y la producción en los tiempos actuales, refiere a un proceso que incluye a todas las sociedades implicadas en la globalización mundial. Si bien son enormes las diferencias de posicionamiento, poder y privilegios entre unas y otras de esas sociedades nacionales, es una sola la lógica que ha hegemonizado las formas de la existencia global. Esto es en última instancia lo que significa la globalización. Sin embargo es necesario tener en cuenta los caracteres culturales originados en las particularidades de las experiencias históricas, étnicas y culturales de cada nación, y hasta de cada región. Ellas implican cuestiones diferenciales que deben ser atendidas en cada caso.

Los argentinos debemos hacernos cargo de lo que inevitablemente deviene de la globalización y también atender lo que son nuestras debilidades locales y

propias. Será bueno que seamos concientes de nuestras fortalezas, pero hoy se hace imprescindible que pongamos también atención en nuestras “mañas”, las formas de ser y hacer que no nos convienen y nos debilitan. La recuperación argentina requiere de esto como condición de posibilidad. Son actitudes y conductas que hace mucho tiempo nos limitan y empobrecen.

Analizando conductas habituales en distintos sectores sociales encontramos “facilismos” y “avivadas”. Empresarios, más interesados en negocios fáciles que en el desarrollo de nuevos emprendimientos; Sindicatos vueltos “empresas”; Trabajadores poco afectos al compromiso responsable con sus tareas; Comerciantes que motorizan los precios sin causales de costos; Políticos que operan desde el clientelismo y que evaden la elaboración de proyectos estratégicos y la discusión seria que convoque voluntades en la construcción de poder con liderazgo social...

Así enumeradas la cuestión y sus manifestaciones, todo parece tratarse de conductas individuales éticamente empobrecidas. Pero obviamente sabemos que las conductas sectoriales son resultado de la manera de actuar de quienes integramos esos sectores. Sabemos que tales conductas están conformadas por las acciones de los individuos que somos cada uno de nosotros, y sin embargo es habitual que hablemos de ellas como abstracciones que no nos incluyen ni comprometen.

Así considerado, como un genérico anónimo cada vez, todo se vuelve carente de encarnadura personal y cada uno nos excluimos de la responsabilidad por lo que ocurre. Se vuelve entonces inasible una parte importante de nuestra debilidad. Repetimos nuestras mañas como si estuviéramos inevitablemente determinados a ellas por el contexto. Así, sin darnos cuenta, alimentamos cotidianamente nuestras maneras de vivir con actitudes ventajistas, superficiales y oportunistas. De esa manera nos seguirán siendo inasibles los caminos de la reconstrucción ética.

Sería bueno que busquemos en cada uno de nosotros con la lupa enfocada en las debilidades que compartimos. Puntos flojos de nuestras formas de ser, mañas no-concientes, desde las cuales actuamos como si fuese normal, y hasta valorable. En todos los sectores sociales “ser piola”, “ser vivo”, “sacar ventaja”, se toman casi como sinónimos de realismo y eficiencia. Así también pasa con el “no te metas” que parece referir a la “cordura” y también cuando nos “metemos” con objetivos de apropiación de espacios de poder que pretende ser “compromiso” con lo social.

Estos son sólo ejemplos de otras muchas actitudes corrompidas y empobrecedoras de nuestra vida personal y social. Debilidades y mañas que echaron raíces en nuestra historia colectiva y que hemos naturalizado en nuestras maneras de ser y vivir.

La vida y el país que anhelamos requieren que nos depuremos de tales mañas. Que cultivemos un cambio que acentúe la responsabilidad propia para con el mejoramiento de la vida, personal y colectiva. Necesitamos de estrategias y acciones capaces de encausar las fuerzas transformadoras que surgen de la toma de conciencia de las “mañas nacionales” y que pongan la intención en su superación.

Si podemos reconocer a la irresponsabilidad, el oportunismo y el ventajismo como un mal nacional endémico, y proponernos visualizar cuando y cómo este mal nos afecta a cada uno, será más posible que muchos tomemos una participación activa en la cuestión y que esto sea un eje de la acción de quienes se conciben como líderes sociales y políticos.

Estas debilidades y mañas nacionales forman parte de lo que debemos transformar junto a la crisis histórica que compartimos con el mundo globalizado. No por ser más locales tienen menos importancia esos escollos en la afirmación y mejoras de nuestra existencia. Los países no son sólo resultado de las circunstancias históricas en que se encuentran. También dependen de las intenciones, de las elecciones activas y de las prácticas de sus habitantes.

Es este un aspecto determinante que está en la base de todo lo que nos ocurre. *La degradación ética de las últimas décadas debe ser atendida. Sólo podremos hacerlo re-significando en nuestras prácticas el marco ético desde el que actuamos.* Debemos generar acciones que nos transformen, que afiancen en nosotros una nueva actitud en la vida y una nueva ética convivencial.

Necesitamos estrategias culturales capaces de volvernos más creativos, responsables y solidarios. Más cuidadosos de nuestra propia existencia y la de otros. Necesitamos estrategias y acciones comunitarias y estatales, que nos ayuden a ponernos en camino (como producir películas o tiras televisivas que activen la reflexión popular; talleres de reflexión y capacitación, que pueden ocurrir desde clubes barriales y escuelas, estructuras empresarias etc. etc.).

La idea estratégica sería promover una gran conversación nacional en múltiples carriles, niveles y formas, que nos potencie en nuestras búsquedas y opere como ámbito colectivo en el que compartimos y nos asistimos mutuamente en

el crecimiento personal y el cuidado de nuestra existencia colectiva. Esto no debe ser sólo una acción del Gobierno: deberá provenir fundamentalmente de la participación ciudadana. El Gobierno debe facilitar el camino con planes impulsores y asistencia posibilitadora.

Comencemos por donde podamos y tan pronto como podamos demos un pequeño y primer paso de ese largo camino que necesitamos andar. Cada paso nos volverá más ágiles, claros y potentes para continuar.

La transformación de nuestro ser social no ocurrirá a menos que los ciudadanos realicemos cambios creativos en nuestras prácticas convivenciales, productivas y en nuestras vidas personales. Para desarrollar este proceso hace falta el compromiso participativo del mayor número posible de cada uno de nosotros. Se trata de llevar adelante en nuestra experiencia, acciones que nos vayan constituyendo en sujetos capaces de gestar la transformación de nuestra vida personal y de nuestra convivencia social. Acciones que vayan gestando desde cada uno y entre todos, el camino de refundar la vida y la Nación en que ella nos ocurre.

VI - ¿De dónde podemos tomar fuerzas para gestar este proceso?

Es este el gran interrogante político operativo que plantea la crisis y la época en que vivimos. ¿Cuál es la fuente de energía de donde habremos de abreviar para orientar nuestras estrategias y obtener la fuerza para las acciones que transformen el actual estado de cosas? ¿Qué nos moverá a la acción y la transformación de nosotros mismos? ¿De donde sacaremos la energía, la intuición y el valor para hacer camino en un rumbo que no está marcado?

Tanto la crisis civilizatoria a la asistimos, como la crisis existencial que eso implica para cada uno de nosotros, hace evidente que nos encontramos viviendo en una verdadera *“bisagra histórica”*. Esta es una perspectiva de la que es muy difícil tomar consciencia. Vivimos dentro de una forma de ser de las cosas a la que nos acostumbramos a ver como realidad y terminamos por creerla la única manera en que el mundo y la vida pueden realizarse. Se nos borronea el antes de que sea así, sin que nos atinemos a imaginar el después. Así es que solemos quedarnos inertes ante lo que nos ocurre, inmersos en el sin-sentido de la existencia que nos ofrece un mundo que está agonizando.

Resulta pretencioso preveer cuáles serán los cambios y en qué tiempo han de ocurrir. Pero sí es posible imaginar la diferencia entre la experiencia de quienes durante ese proceso de cambio intenten ser parte de la creación de lo nuevo y aquellos que miren para otro lado, ajenos a los riesgos y también a las posibilidades que el presente les presenta.

Seguramente el tiempo del que disponemos para estar vivos, nos permitirá ver cómo los que los que activen su intención de cambio experimentan el comienzo de lo nuevo y se benefician con su intensidad y abundancia, mientras que quienes simplemente sufran el estado de cosas actual, continuarán sus días en la progresiva devaluación de su experiencia.

Así comprendidas las posibilidades de la existencia contemporánea, lo que estamos planteando es fundamental para cada cual en relación a las maneras en que habremos de abordar nuestra vida cotidiana. No se trata sólo de un asunto que atañe a la evolución de la Humanidad. Se trata también de nuestras vidas, la de cada uno de nosotros. Ser conscientes de esto nos ayudará a tomar fuerza para rediseñar nuestras elecciones, actitudes y vivencias.

Más allá de que el devenir de la historia humana haya conquistado para las generaciones actuales las condiciones de posibilidad materiales de una vida más agradable y gozosa, que esto se realice en algún grado en nuestra experiencia requiere de la intervención de fuerzas múltiples. Algunas son reconocibles o imaginables por nosotros, otras aún habitan la zona del misterio.

De esas energías que nos hacen potenciales co-creadores y habitantes de lo nuevo, lo que nos acercará a nuestras posibilidades de implicarnos son la intención y a la voluntad de nosotros mismos. Poner nuestra intención y nuestra voluntad serán elementos fundantes de la posibilidad de hacernos más co-responsables de nuestro propio destino y del destino de lo humano.

Nuestra posibilidad de incidir en la gestación de una nueva realidad sólo puede nacer desde nuestros corazones, *entendiendo por “corazón” ese manantial de sentido, previo a la razón, que resulta de los deseos más propios que apuntan a lo que es bueno para nuestra vida*, más allá de lo conocido y normado como “correcto”. En ese núcleo generador de sentido debemos enraizar una nueva conciencia y una nueva forma de concebir la vida y de estar en ella.

Las nuevas prácticas y la nueva realidad resultarán de esa nueva conciencia que las haga posible. Esa nueva conciencia se gestará desde tres fuentes principales en las que se generan sus posibilidades de ser:

- De las condiciones materiales que nos ofrece el actual estado del desarrollo de las fuerzas productivas.
- De la conexión con los deseos más propios y auténticos de cada uno, en los que se anuncian los perfiles de nuevas formas de la vida.
- De sabernos y sentirnos cada vez más siendo parte de un mundo en el que la vida de cada uno está involucrada con la de los otros y con la naturaleza.

Re-crear la conciencia es *“re-cablear” las conexiones de nuestra propias fuerzas deseantes con nuestra conciencia y con nuestras prácticas*. Es buscar en nosotros mismos los débiles brotes de sentido que apuntalan nuevas fuerzas deseantes. Para eso necesitamos buscar detrás de los viejos deseos aún vigentes y que son funcionales al viejo orden aún hegemónico. Encontrar las líneas de fuga de la vieja conciencia, en lo que se nos sugieren pequeñas movidas de lo nuevo. Allí estarán las señales para elegir y orientarnos en lo concreto.

Ésta será también la fuente de energía humana para generar el *re-encantamiento del mundo*. Se trata de que cada uno nos demos cuenta de que los cambios que queremos y necesitamos generar. Eso impactará en primer lugar generando mayor riqueza de nuestra propia existencia. Nos posibilitará a cada uno acrecentar el bienestar, la alegría y el goce de nuestra experiencia cotidiana. Pero también éste es el manantial desde el cual ya están surgiendo las voluntades que re-formatean valores, actitudes y conductas, que al entretenerse comienzan a constituir la conciencia colectiva que ha de orientar las prácticas de los nuevos tiempos.

El ser se reconstruye en la práctica de ser y también puede reconstruirse en esa práctica

El ser humano se construye a sí mismo en su propia práctica. “Somos lo que hacemos”. Esto ocurre en cada uno de nuestros actos, en nuestras emociones, en el despliegue de nuestros proyectos, en cómo hacemos lo que hacemos en cada momento de nuestra vida. Lo que somos se genera en las prácticas de ser que ocurre en nuestro presente constante. Para nuestros deseos de cambios personales, es de enorme importancia saber que así también, en la práctica de ser, se generan las transformaciones de nuestro ser.

No es sencillo para nosotros vernos de esta manera. Estamos acostumbrados a pensarnos desde la identidad, la coherencia y la permanencia de lo mismo que somos. Sin embargo, si reflexionamos sobre lo ya vivido y nos detenemos a vivenciar las contradicciones, ambigüedades y transformaciones propias, comenzaremos a avizorar todas las posibilidades que tenemos de generar cambios en nuestras experiencias, emociones, vínculos, estados de ánimo... Si somos concientes de esta posibilidad, nos sentiremos con más fuerza para encarar esos cambios.

Lo que hasta ahora fueron “sueños”, deseos que creímos irrealizables, se pueden convertir en orientadores de procesos de enriquecimiento de nuestra experiencia cotidiana. Para esto será necesario dejar de actuar en “automático”, como si estuviéramos totalmente constituidos y nuestro ser totalmente determinado.

Necesitamos aprender a *estar atentos y conscientes* para elegir realmente el sentido y la intención con el que actuamos cada vez. Reconocer en cada situación una posibilidad de acortar, en algún grado, la brecha entre como querríamos vivir y cómo lo venimos haciendo.

En este posicionamiento se enraíza nuestra posibilidad de éxito al intencionar una más rica experiencia vital. Es el punto clave de nuestra posibilidad de transformación: *la práctica puede transformar nuestra manera el ser*. Esto será posible en el grado en que pongamos atención en elegir el espíritu desde el que queremos vivir cada situación. Cada acto en el que pongamos la intención en lo que queremos, será un golpe de martillo en el proceso de esculpirnos a nosotros mismos como quien elegimos ser. Estar atentos a esas acciones elegidas, que solemos iniciar con maneras torpes y débiles, es lo que nos entrega la llave en el camino de generar una manera más gustosa de experimentar la vida.

La existencia buena es el bien hacer todo lo que hacemos. Es el bien trabajar cuando trabajamos, el bien amar cuando amamos, el bien comer... Lo que cada uno define como bien no se identifica con nada que sea dado en la “naturaleza” humana, ni con “lo correcto” establecido, sino con lo que los humanos elegimos como bueno en las distintas condiciones de posibilidad en que la vida se nos presenta. En cada época se re-significan las creencias sobre lo que es bueno de ser vivido. *Esa transformación la orienta el cambio en el orden de valores que jerarquiza “lo bueno”, desde la valoración de lo que es bueno para la vida de todo lo existente y de cada una de sus partes.*

El sentido más esencial de la vida es, siempre, cuidarse a sí misma. Y debe ser claro para todos que esto no significa sólo cuidar la propia vida, sino que eso mismo es sólo posible cuidando también la vida de los otros y la del Planeta. De esto trata la ética. Su fundamento se enraíza en lo bueno para cada persona y se generaliza en lo que socialmente se instituye como buena manera de ser de las personas, entre las personas y con la naturaleza.

Cuando permitimos que los mecanismos que organizan nuestra economía hagan miserable la vida de los excluidos sociales, cosechamos violencia criminal en la puerta de nuestras casas y en nuestras calles. Cuando talamos los bosques indiscriminadamente en función del “negocio sojero”, empobrecemos y anormalizamos el clima que habitamos. Cuando hacemos miserable la vida de los animales de corral (cerdos, aves) hacinándolos, impidiéndoles dormir y sobreexplotándolos, cosechamos virus mutantes que amenazan nuestra salud. Son todos ejemplo de lo no ético. Lo son porque atacan la vida, aunque no haya código que los clasifique como tales. (Aunque no lo pensé en ese sentido, también es bueno ver que todos los que se me ocurrieron son ejemplos del productivismo desorbitado...)

Es necesario comprender que el cuidado de la vida propia y de la vida en general, significan diferentes cosas de acuerdo con las circunstancias de cada época. Con frecuencia, vivimos pendiente de formas y valores que se generaron en condiciones ya perimidas.

Cuando esto ocurre, *es de importancia principal reabrir la pregunta por el sentido de la vida*. Para abordar la pregunta por el sentido en las diferentes circunstancias, es necesario que quienes se interroguen pongan en el centro de la interrogación su propia existencia. Se evitará así la ligereza y el riesgo de que aquello por lo que nos preguntemos y lo que nos respondemos, no sea una interrogación realmente comprometida, sino sólo una retórica que se pretende fundamento de ideas de cambios que deben asumir otros.

Al interrogarnos debemos ser conscientes de que la vida de cada uno es lo que hacemos de ella mientras vivimos. Somos responsables de lo que ella sea. Responsables del cuidado de la vida propia y también del cuidado de todo lo que vive y de todo lo que es. Habitualmente no asumimos esa responsabilidad. Solemos reclamar cuando sentimos que otros manejan nuestras vidas, nos quejamos de las formas de ser y vivir que hemos heredado, como si ellas fueran ineludibles, y de las acciones de quienes nos coartan o nos dañan. Pero debemos darnos cuenta de que podemos y debemos hacer frente a esas dificultades, en primer lugar a partir de nuestras propias acciones.

Una trampa en la que solemos caer es considerar fuera de nuestro alcance y de nuestra incidencia posible, a los factores que nos limitan. La responsabilidad propia es una cuestión principal en el cuidado de la vida. Se trata del grado en que ponemos nuestra intención y nuestra atención en diseñar y generar acciones potentes para acrecentar la riqueza y la intensidad existencial de cada instante de nuestra experiencia. Aquí, las palabras “riqueza” e “intensidad” tienen que ver con cuánto hay en nuestra experiencia vital de bienestar, felicidad, goce, alegría, amor, serenidad... y también, cuánto de equilibrio y presencia ante el dolor y el displacer...

Ser responsables y proactivos en este proceso de resignificación y rediseño de nuestra vida requiere que nos conectemos con nuestros deseos más auténticos y, también, con nuestras debilidades más propias.

Nuestros deseos auténticos son aspectos de nosotros mismos de los que somos poco conscientes y a los que estamos poco atentos. Hemos aprendido a creer que la vida es como es y que se trata de sobrellevarla. El desafío consiste en animarnos a re-significarla. Los deseos son las señales principales que pueden

orientarnos en ese camino. Debemos iluminarlos y volverlos presentes en nuestra conciencia.

Nuestras debilidades más invisibles apuntan a lo que creemos que no podemos. Lo que no es posible para cada uno de nosotros vivir. Lo que no podemos sentir o dejar de sentir, hacer o dejar de hacer. “Me gustaría, pero tal como es mi vida, esto se vuelve imposible...” “Tengo ganas, pero...” Así es como el deseo se vuelve como un músculo atrofiado por falta de una actitud que asuma la actividad creadora. Necesitamos ejercitar esa actitud de “buscarle la vuelta” y asumir acciones, en las situaciones en que nos sentimos débiles, impotentes o creemos que no se puede hacer nada. Siempre algo podemos hacer por lo que queremos. Siempre podemos encontrar por dónde comenzar con lo que deseamos.

Responsabilizarnos por el cuidado de nuestra vida es hacernos cargo de lo que es necesario hacer por lo que valoramos y deseamos en nuestra experiencia. Esa actitud requiere ser cultivada, tanto en el orden personal como en el social, y para esto casi siempre serán importantes las alianzas con otros. Ser responsable comienza por autorizarse a ser autor, y co-autor con otros, de las riquezas e intensidades que queremos para nuestro vivir cotidiano.

Estar atentos a las condiciones de posibilidad que se nos presentan en cada situación, nos ayudará a distinguir y elegir los objetivos posibles. Refiero a los condicionantes que, en cada momento y lugar, limitan o potencian el grado en que podemos realizar lo que deseamos. Se trata de la relación de fuerzas entre lo que dificulta y lo que promueve creación de lo nuevo.

Hay condiciones de posibilidad objetivas: Se trata en general de las dificultades y apoyaturas que se nos presentan en el medio en que habitamos, en relación a los que deseamos y nos proponemos. Son “el estado de las cosas” en nuestro contexto. Por ejemplo: el grado de vigencia que en nuestro medio inmediato tienen las viejas creencias y costumbres; la situación económica, climática, familiar, etc. La tensión se agudiza cuando nos proponemos cambios que cuestionan lo aceptado como “normal” y “razonable”. Cuando lo que queremos vivir exacerba el grado de conflictividad con las creencias y las maneras de actuar que son habituales ante una situación determinada.

Hay condiciones de posibilidad subjetivas: Éstas aquilatan las fuerzas de cada uno para asumir posicionamientos y actitudes que se correspondan con lo que deseamos vivir. Son contradicciones o debilidades de nuestro propio estado interior que nos potencian o nos limitan. Muchas veces se trata de posicionamientos

personales en los que no validamos o enjuicamos algo que al mismo tiempo deseamos. En esos casos necesitaremos reflexionar para corregir, transformar o confirmar lo que nos condiciona. Otras veces se trata simplemente de la carencia de saberes operativos que necesitamos desarrollar poco a poco. En todos los casos se trata de un aprendizaje al que deberemos darle la progresividad que para cada uno sea conveniente.

Tanto las condiciones de posibilidad objetivas como las subjetivas determinan la magnitud y los límites de los pasos que estamos en condiciones de dar en cada momento del proceso. A su vez en ambos planos las condiciones de posibilidad se potencian y enriquecen con cada pequeño cambio que generamos. Todo acto transformador, por pequeño que sea, impacta en el contexto y en nuestra conciencia ampliando las posibilidades de las experiencias siguientes.

Al mismo tiempo es bueno saber que la relación de nuestro proceso de cambio personal con la transformación social es muy estrecha. La asunción por cada uno de nosotros del camino de enriquecimiento existencial está en la base de las posibilidades del cambio histórico de nuestras comunidades. Y también ocurre que cada uno nos veremos limitados o potenciados, dificultados o facilitados en ese proceso, por la evolución que vaya ocurriendo en nuestro entorno social en relación con las mismas cuestiones.

Para avanzar en el propio enriquecimiento existencial, encontraremos mayores posibilidades si co-generamos transformaciones en el mismo sentido en el ámbito social. Es por esto que todos necesitamos que la política ponga su horizonte de sentido en la felicidad de los ciudadanos. Esta interrelación pone el cuidado de la propia vida en estrecha relación con la política. Y a la política en estrecha relación con las nuevas búsquedas existenciales de los ciudadanos.

VII - La micropolítica: una acción necesaria

Por todo lo dicho es que pensamos que la correlación de fuerza de los sentidos, que organizan la forma de ser de las personas, es una cuestión política principal.

Cuando una cultura entra en crisis final de su evolución (crisis civilizatoria), las búsquedas, tanto las personales como las sociales, deben partir de *la conciencia de que las formas en que vivimos, convivimos e intercambiamos, resulta de un orden de creencias y emociones que conforma al sujeto que somos, y no sólo la sociedad en que vivimos.*

Una cultura es una manera de ser y vivir compartida por las personas que componen una sociedad. Como tal su espíritu está entramado en lo íntimo de cada uno de nosotros y en el común denominador de las creencias y emociones que compartimos en la sociedad que habitamos.

Esto nos resulta invisible y es un punto ciego en nuestra conciencia, porque constituye nuestra manera de ver la realidad y valorar la vida. Cada uno siente, piensa y actúa *desde esas creencias compartidas.* Es por eso que el desafío de encontrar formas más ricas de vivir y convivir, implica gestar nuevas maneras de ser en nosotros mismos, y ayudar a otros a hacerlo también. Esto resulta en la transformación cultural de la sociedad.

Cuándo hablamos de “micropolítica” referimos al entramado de actitudes, estrategias y acciones necesarias para crear, en nosotros mismos las condiciones de posibilidad subjetiva de los cambios que hoy son imperiosos para nuestra vida y para la vida en sociedad. Se trata de re-pensar el sentido orientador de la existencia. Y desde allí re-espiritualizar y re-diseñar nuestros sentimientos y nuestras acciones, transformando así nuestras prácticas personales, en particular de quienes intentan liderar los cambios sociales.

En toda nuestra historia la política estuvo enmarcada por el estado de necesidad y carencia. Se ha definido a la política como “la tarea de administrar los negocios de la polis”. Pero la “frazada era corta” y lo político fue la lucha entre las clases sociales y entre sectores de clases, por la conquista del poder del estado y el uso de ese poder para posicionarse mejor en la priorización de sus intereses.

Este eje en el dominio fue organizador del carácter bélico de la política que hemos conocido hasta hoy y que fue genialmente sintetizado por Clausewitz en aquella frase que desnudó su esencia en la práctica: *“la guerra es la continuación de la política por otros medios”*. Creo que hoy conviene si simplemente invertir esa frase para que ella emita mayor claridad sobre el espíritu que hasta ahora organizó la política: *“se trata de la continuación de la guerra por otros medios”*.

Es por eso que el espíritu y hasta los rituales de la política tomaron forma en la guerra y en el dominio de la vida de otros. Conformaron el alma y los estilos de las arengas de quienes participan de la “lucha” política. Perduraron los gestos, los tonos, las actitudes y hasta las palabras. Hay victorias y derrotas, los que opinan diferente son “enemigos”... “el poder debe ser conquistado...” Y en general los intentos de conversación, de negociación efectiva entre intereses contradictorios o el intento de “ponerse en el lugar del otro”, es vivido como blandura lindante con el abandono o la defección de los objetivos por los que se “lucha”.

En la historia que conocemos este formato bélico de la política no orientó sólo el accionar de los apropiadores, sino también de aquellos que intentaron ejercer el poder en beneficio de los desposeídos. Se dio por cierto que *así es la política* y lo distinto a eso fue considerado ingenuidad, puro idealismo o defección.

El espíritu bélico de la política está inscripto en nuestra más profunda y compartida concepción de ella. Estamos encerrados en una concepción que excluye la contemplación de las necesidades e intereses de los otros, de los que opinan, sienten o necesitan de caminos diferentes a los que nuestro partido o grupo plantea. Así el escenario de lo político quedó planteado como el enfrentamiento de unos contra otros, cuyo objetivo último parece ser el ejercicio del poder. Todo ocurre como un enfrentamiento en el cual “quien no está conmigo esta en contra de mí”.

Con contradicciones y traiciones, tal concepción ejerció su rol histórico en épocas en que las cosas ocurrieron dentro un orden en el que el sentido de lo político estuvo puesto en posicionar mejor a determinados sectores en la apropiación de una mayor tajada de las conquistas materiales. A su vez, el desarrollo de esos logros materiales justificaba, y hasta requería, que la concentración de la riqueza funcionara como instrumento posibilitador del desarrollo de las fuerzas productivas.

Eso también validó la manipulación y el control en la construcción de la subjetividad de las personas y de las relaciones de dominio en la convivencia familiar y social. Pero ese mismo orden gestó el crecimiento tecnológico y generó la

gran eclosión de la capacidad productiva de la humanidad. Eso gestó un cambio radical la cuantía de las riquezas materiales sin que las personas encuentren bienestar y felicidad dentro del orden vigente.

Así es cómo el mundo se encuentra en el final de un camino y ante los potenciales de otro diferente que requiere ser gestado. Es entonces cuando esas formas de ser y hacer, tanto en la vida personal como en la acción política, pierden razón de ser y eficiencia. A partir de ese punto si no asumimos el desafío de inventar nuevas formas de nuestras prácticas personales y sociales, sólo avanzaremos en el sin-sentido,

Es en este cuadro que crece la corrupción y las personas descreen de los caminos políticos. Y es entonces que se vuelve imperioso elaborar estrategias capaces de transformar lo que conocemos como prácticas de la política. El enfrentamiento debe dar lugar a la elaboración de acuerdos recreadores de la vida y de la convivencia. Necesitamos aprender a crear posicionamientos que nos hagan capaces de resignificar lo valioso y delinear acciones beneficiosas para el conjunto.

Las diferencias deben buscar su resolución en negociaciones efectivas entre personas que se reconocen como iguales y que acepten la presencia de mayorías y minorías. Minorías que respeten a las mayorías y mayorías que no pretendan “ningunear” a las minorías. Actitudes de todos que partan de reconocer a los otros y diferentes como otros válidos en su diferencia.

Se trata de una forma de entender el fenómeno social que tenga por base la comprensión de que todos formamos parte de una comunidad y que lo que le ocurre a cada sector y cada persona impacta fuertemente en la vida de todos. En esa comprensión debe anidar una nueva manera de ejercer la política y todos los liderazgos sociales. Allí donde nos orientó el dominio del otro y de la naturaleza, ahora necesitamos ejercer el amor que cultive el bienestar del TODO del que formamos parte.

Algunos apuntes para comenzar

Generar ese giro de la política y en los liderazgos sociales, requiere abordar caminos nuevos que son mucho más fácil de enunciar que de andar. La primera dificultad es que nuestro espíritu de amor y nuestra conciencia de ser parte del Todo, resuenan en nuestras prácticas políticas como ingenuidad idealista. Aún estamos enfrascados en una dinámica en la que sentimos necesidad de dominar

primero para poder intentar transformar después. “Lo primero es tomar el poder...” Luego nos quedamos empantanados o deslumbrados por “la sensualidad del poder” y sus beneficios...

Queremos el cambio futuro, pero en el presente repetimos el pasado. Esta dificultad primigenia que enraíza en experiencias y creencias ancestrales, no debe ser disimulada. Debemos saber de ella en lo propio de cada uno de nosotros para poder superarla y entonces ser capaces de crear prácticas que sean eficientes para los nuevos objetivos.

Las políticas que necesitamos requieren de estrategias y acciones destinadas a generar cambios en el espíritu y en la manera de ser y hacer de todos nosotros. Cambios que apunten más allá de la conciencia desde la que los ciudadanos hacemos política o nos relacionamos con ella.

*Es imprescindible enfrentar las dificultades para esta conciencia en lo propio de cada uno y de cada sector, de lo contrario no seremos capaces de gestar nuevas maneras de ser y hacer. Necesitamos inventar y asumir acciones que apunten a nuestro propio cambio personal. Para ese comienzo necesitamos ampliar nuestra manera de concebir la acción política. **La subjetividad de las personas es hoy parte de las prioridades a lo que debemos dar lugar en el camino transformador de la realidad social.** Sólo así podremos desplegar estrategias y acciones que generen una experiencia en la que comiencen a enraizarse nuevas vivencias que generen posibilidades de una convivencia diferente.*

Necesitamos de líderes que generen (y ayuden a generar) un más auténtico encuentro consigo mismo, repiensen el sentido de sus acciones y de la vida de las comunidades que intentan liderar. Que gesten (y ayuden a gestar) maneras de ser y de hacer que trasciendan el marco cultural vigente.

Todo esto no será sencillo de implementar y creo que ocurrirá en la práctica como un devenir contradictorio en donde a veces será necesario actuar desde tácticas enmarcadas por lo viejo y al mismo tiempo realizar acciones que alimenten las condiciones subjetivas de posibilidad de nuevas maneras de ser de lo político.

Algo parecido sucedió en Occidente a fines de la Edad Media y generó el nacimiento de la Modernidad. Fue el surgimiento de un nuevo horizonte existencial y una nueva intención colectiva. En sociedades organizadas por verdades y normas que se aceptaban como de origen divino, el hombre racional intentaba tomar las

riendas del destino. Entonces, como ahora, se gestaba un cambio cultural profundo que iba a transformar radicalmente la realidad.

El proceso no podía comenzar por el conjunto social, dado que la cultura hegemónica estaba anclada en una perspectiva de la existencia caracterizada por una esencial de lo dado y el sometimiento a la voluntad divina. También entonces, el inicio del cambio comenzó por el sueño de unos pocos. Ese sueño fue lograr que el trabajo productivo mejorara las condiciones materiales en que la vida ocurría. La figura paradigmática de los que lideraron aquellos tiempos fueron los maestros artesanos. Ellos pusieron su mira en las técnicas y en la organización del trabajo. El excedente que fueron generando, proto-plusvalía mediante, les permitió transitar la acumulación primitiva de capital y los tiempos del desarrollo productivo del pre-capitalismo. Con el tiempo y convertidos en burgueses, lideraron el proceso de acumulación de capital y la producción en mayor escala.

Hubo un profundo cambio en el espíritu y en el sentido de la vida que orientó las acciones de esas personas. El proceso que impulsaron hizo que ese cambio en la conciencia se extendiera a las prácticas de un número cada vez mayor de personas. Eso hizo posible que sus sueños resultasen el comienzo de una nueva realidad. Los que eran pocos en el inicio, abrieron puertas por las que luego fueron pasando muchos otros, hasta que el crecimiento de esa masa crítica hizo que esa nueva manera de sentir, ser y hacer, se instalara como práctica de la sociedad toda. Es lo que conocemos como la era del progreso y “la ética del trabajo”. Una manera de denominar la forma cultural en la que se valora la vida por su resultado útil.

Hoy vuelve a ser necesario re-posicionarse ante un cambio radical de las condiciones históricas. Ahora necesitamos superar lo que se ha dado en llamar “el fin de la Modernidad”. El proceso de acumulación y concentración del capital, junto a los avances tecnológicos y la revolución del conocimiento, generaron un nuevo estadio en la capacidad productiva y dejó carentes de sentido a las viejas formas de ser y vivir. Otra vez, como hace cinco siglos, se hace necesario hacer crecer el número de hombres y mujeres que abramos nuestra conciencia y nuestras prácticas a un nuevo horizonte de lo humano, y que pongamos nuestra intención en aprender a orientarnos en él.

*Esto requiere que las acciones que se propongan como camino de la transformación social asuman estrategias que alimenten la transformación personal. Sólo así será posible que existan los sujetos capaces de liderar el cambio social que la situación actual de nuestra sociedad, posibilita y demanda. **Ahora lo personal es también político. Ahora la política es también micropolítica.***

El espíritu que de forma a la manera de ser y vivir de los protagonistas de la política, es condición de posibilidad de la “nueva política”. El cambio de las maneras en las que convivimos como sociedad será posible en el grado en que ocurra nuestro cambio personal. Creemos que ahora, esto pasa a ser una cuestión principal de las estrategias políticas.

¿Cual es el plano de acción de la micropolítica?

Un nuevo espacio de la realidad (ahora del orden subjetivo), se abre como campo de acción en nuestros intentos de mejorar la vida personal y social. Se trata de nuestro propio ser y de todas nuestras prácticas. De la manera en que vivimos lo que vivimos y en que hacemos lo que hacemos.

El eje estratégico es la relación de fuerzas entre los sentidos que organizan nuestro ser. Apuntamos a sintonizar nuestras actitudes y nuestras acciones con las posibilidades de alegría y goce que la época nos ofrece. Necesitamos *visualizar la presencia del **sentido de utilidad y dominio*** en nuestras actitudes, para quitarle poder en tanto dador de forma a nuestros actos y emociones. Precisamos cultivar el aprendizaje de nuevas maneras de hacer, orientadas por el **sentido del amor y el cuidado de la vida**.

Creo que debemos encontrar estrategias en dos planos paralelos:

- Se trata de gestar desde la experiencia individual un nuevo ser social. De alimentar en y con nuestras prácticas la evolución a nuevas maneras de ser y de convivir con otros.
- Y también se trata de gestar desde la acción política y social las condiciones de esa evolución de la vida de los ciudadanos.

Es este doble abordaje de la experiencia lo que nos posibilitará cultivar formas más ricas de vivir y más potentes para gestar una nueva política. Es en este camino que *lo personal se vuelve político y la política una cuestión fundamental de la vida*.

Todos partimos de una situación cultural común y compartimos una visión básica de nuestra existencia. Esa visión se enraíza en el guión de lo que nos dijeron que la vida “es” y que enunciaron lo que llamamos “normalidad”. Pero, como ya dijimos, ocurre que la vida cambia desde las condiciones de posibilidad que la historia va gestando en cada época. Las posibilidades de la vida se recrean con la

aparición de nuevas condiciones históricas y en ese proceso muta el espíritu que da forma a nuestros sentimientos y a nuestras las acciones. Así, la “normalidad” y la realidad se va transformando y despliegan sus propios cambios en su devenir.

Todos experimentamos, gozamos y sufrimos la riqueza y la pobreza de nuestra vida en los múltiples planos de la existencia: el amoroso familiar, el amoroso erótico, el laboral, la disponibilidad económica que logramos, la salud que conseguimos, el gusto con que nos alimentamos, el estado de ánimo que tenemos... Cada uno de estos registros señala hacia prácticas cotidianas que son las que se nos dan a pensar, rediseñar y transformar.

En el curso de *cada era histórica*, la forma de ser de las cosas se mantiene más o menos estable. Esas eras son lapsos de tiempo en que los cambios son de menor radicalidad y no implican mutación del espíritu principal que da forma a las maneras de vivir. En los finales de cada era se plantea la posibilidad y la necesidad de un proceso más radical de cambios. Allí ocurre una mutación evolutiva a partir de ***un nuevo horizonte de sentido*** que es respuesta a las condiciones de posibilidad que generó la era que termina.

Hoy nos encontramos en una de esas coyunturas históricas de mutación radical. Es esto lo que hace necesario re-pensar el sentido de la vida y re-elegir cómo queremos estar en ella y actuar en cada situación. O, lo que es lo mismo, *cuál será el sentido que oriente las maneras en que nuestra vida ocurra*. En esa búsqueda, que interrogativa sobre lo más genérico (la re-creación de sentido) y sobre lo más concreto de nosotros mismos (la creación de nuevas maneras de ser y hacer), *se activa nuestra participación, como seres humanos, en el juego de la Creación*.

Nuestras fuerzas para crear en este proceso crecerán en tanto lo vayamos transitando. Cuando lo que logramos transformarnos en cada actitud y en cada acción, nos va haciendo más potentes para desafíos mayores. Esa retroalimentación entre lo que hacemos y lo que podemos, es constante. Y mientras ocurra, nuestra vida cotidiana se volverá progresivamente más sustanciosa, alegre y gozosa. Al mismo tiempo que se convertirá en parte del proceso transformador de lo social.

Es a este proceso convertido en camino consciente a lo que lo denominamos *micropolítica*. Es tarea necesaria para asumir esta crisis como una oportunidad de evolución y enriquecimiento de la vida.

Esta práctica transformadora de nosotros mismos ha de ocurrir en nuestra propia experiencia. En ella apuntamos a reorganizar nuestras maneras de ser, hacer y vivir, en un eje que es la gestación de nuevas formas concretas de relacionarnos con los otros, con las cosas y con la naturaleza misma. Nos orienta nuestro propio deseo de una vida mejor, de mayor felicidad, alegría y goce.

Las raíces que alimentan nuestra voluntad para encarar ese cambio, se encuentran en nuestra sensación de desagrado con las maneras en que la vida está ocurriendo y, por otro lado, en las expectativas que nos generan las condiciones de posibilidad que el mundo actual ofrece a la vida.

Dada la ausencia de caminos pre-delineados para tal expectativa y la necesidad de intuirlos y crearlos, necesitamos asumir ese intento en el ámbito en que cada uno puede empoderarse en mayor grado: **la propia existencia**. Allí debemos apuntar nuestra intensión y generar proyectos que den formas a las posibilidades que se nos ofrecen. En el proceso estarán imbricadas reflexiones, estrategias y acciones que serán al mismo tiempo personales y colectivas. Se entrelazarán sueños, pensamientos, elecciones y acciones. Habrá planificaciones y puestas en acto.

Debemos ser conscientes de la inter-dependencia de nuestros proyectos con los de otros con quienes convivimos. Podremos más en la medida que seamos más los que intencionemos e intentemos poder. Algo que José Antonio Marina sintetiza magníficamente cuando, en “Crónicas de la Ultramodernidad” nos dice: “Hay proyectos personales que sólo pueden emprenderse y alcanzarse mancomunadamente, integrándolos en proyectos compartidos. Para conseguir la felicidad personal cada ser humano necesita introducir su individual proyecto dentro de un marco más amplio, cobijándolo en un proyecto de felicidad conyugal, familiar, social, al que nutre y del que se nutre, donde pacientes corazones innumerables colaboran sin descanso en crear un orbe definitivamente apartado de la selva”. Y agrega un par de páginas más adelante: “...para mejorar mi inteligencia debo entrenarme yo y colaborar en el perfeccionamiento de los grupos a que pertenezco”².

De la vieja a la nueva política

En lo que habitualmente llamamos “la política”, se abordan sólo cuestiones de la organización y el funcionamiento de la sociedad en su conjunto. Lo esencial de su

² Marina, José Antonio, *Crónicas de la ultramodernidad*, páginas 226 y 229, Anagrama, Barcelona, 2000.

accionar son el manejo del poder del Estado y las luchas por ese poder entre los sectores de la sociedad. En esta perspectiva lo que está en juego es sólo la supremacía entre los intereses de distintos sectores sociales.

En la situación desmadrada en que hoy nos encontramos, la transformación profunda y sustentable de la política sólo es posible a partir de los cambios que realicemos en nosotros mismos un número significativo de los miembros de la sociedad. Otro nivel de la acción política se hace necesario en estos momentos de crisis civilizatoria y es el de la micropolítica.

En él la estrategia incluirá acciones que promuevan la transformación personal de los ciudadanos. Con esta ampliación del horizonte de la política, lo que se intenta cambiar no es sólo la realidad social objetiva, sino que se actúa para transformar también lo que está en la base de esa realidad social; ***los condicionamientos subjetivos de las personas y de la sociedad misma.***

Se abre así una nueva concepción de lo político cuyo eje es la búsqueda de nuevos sentidos organizadores de la vida personal y de lo que la sociedad entiende como valioso en la existencia humana. El eje de su acción estará en las transformaciones necesarias para sintonizar con el estado actual de las condiciones de posibilidad de la vida humana. Es esto lo que hace aparecer la importancia y validez de un nuevo plano de la política: ***la micro-política.***

VIII – Conversaciones para re-pensar nuestras maneras de ser y vivir.

La “micropolítica” convoca a cada uno a reflexionar para elegir con mayor libertad y a actuar voluntaria y concientemente en la re-construcción de su experiencia personal y colectiva. Se trata de cultivar maneras más amorosas, solidarias y placenteras de vivir y de extender ese cuidado a nuestra existencia comunitaria. Eso requiere re-pensar la estructura de creencias que da forma a nuestros sentimientos y nuestro modo de ser como personas, reconocer nuestras fuerzas deseantes más auténticas y diseñar acciones que recreen nuestra manera de ser y vivir.

Para abordar estas cuestiones será necesario avizorar su importancia en las mejoras de nuestras vidas y aprender a perdurar en el esfuerzo, comprometiendo parte de nuestro tiempo y nuestra energía en esta tarea. Será también imprescindible encontrar metodologías que nos ayuden a cada uno en nuestra capacidad de reflexión y en la organización del camino a recorrer, al mismo tiempo que nos posibiliten construir alianzas con otros.

A todos nos resulta difícil cuestionar solos ese entramado de creencias desde el que existimos. Y más difícil aún es animarnos a generar cambios concretos en nuestras experiencias en un monólogo con nosotros mismos. Reflexionar y operar en soledad en el intento de sobrepasar las viejas creencias, nos posiciona en una situación de debilidad, nos genera sensación de irrealidad de lo que pretendemos y nos paraliza. Ese proceso nos resultará más posible si la reflexión con otros nos ayuda a evaluar la razonabilidad, el grado de posibilidad de lo que queremos cambiar y también a diseñar las actitudes y las acciones nuevas que necesitamos asumir.

Necesitamos pensar con otros que compartan con nosotros el aroma esencial de los tiempos actuales, otros a quienes les pasa algo de la misma coloratura espiritual de lo que nos pasa a nosotros. Precisamos otros con quienes intercambiar sentimientos y opiniones, compartir lo que soñamos y sentimos, otros con quienes componer un “nosotros” que nos potencie, nos asista y nos anime a afirmar la singularidad que cada uno es.

El intercambio de sentimientos, pareceres y vivencias, nos hace más posible ablandar la dureza de lo que nos fue dado y establecido como “lo verdadero” y “lo normal”. Con otros podemos construir un diálogo en el que todos encontremos elementos que nos van posibilitando y animando a sentir, pensar, decir y poner en acto nuevos valores y maneras que van generando pequeños cambios. Cambios con

los que cada uno comienza a poner el rumbo hacia nuevos horizontes del Ser y nuevas formas de la vida.

Para esto necesitamos crear *grupos de conversación sobre nuestra experiencia*, en los que generemos un ambiente de confianza, intimidad y alianza, de manera que cada uno pueda decir lo que siente y piensa sin necesidad de cuidarse del juicio de los otros. Allí podremos darnos más libertad de compartir dudas, debilidades y sueños. Podremos decir sin necesidad de estar seguro de los propios enunciados, podremos “hablar en borrador”, como buscando aclarar y desarrollar las propias ideas.

En estas conversaciones es muy importante que cada uno nos autoricemos ese campo de libertad que es aceptar el propio “no saber”. Necesitamos reconocernos “aprendices” en relación a lo que nos proponemos. Esto potenciará la capacidad de preguntarnos y preguntar, de buscar junto con otros. Esa posibilidad de compartir lo más íntimo de nuestras dudas y experiencias, de nuestros problemas y de nuestros deseos, será la condición de posibilidad y el apalancamiento para buscar en abierto nuevas riquezas de nuestras vivencias.

Necesitamos crear ese espacio donde podamos experimentar con las ideas, las emociones y las vivencias. Un ámbito donde nos sea más accesible autorizarnos a aquilatar de nuevo riquezas y pobrezas de nuestra propia existencia. Donde accedamos a la libertad de re-preguntarnos por el valor de los valores (los explícitos y los implícitos) que hasta hoy orientan nuestras actitudes y conductas.

El intercambio de ideas, deseos y vivencias con otros, nos posibilitará ver mejor nuestras debilidades, nuestras posibilidades y nuestra fuerza. Nuestra propia acción de decir y escuchar, perfilará y hará más explícito para nosotros mismos, lo que sentimos y pensamos. Las ideas se nos aclaran y organizan cuando las ponemos en palabras en el intento de comunicarlas. La escucha a otros trae nuevos enfoques y enriquece la reflexión. La alianza que se establece desde el deseo de ser ayudado y de ayudar, empodera a todos para sentir, pensar y actuar más creativamente.

Las conversaciones irán posibilitando la enunciación de deseos y sueños que están dentro de nosotros aunque todavía muy informes y poco claros. Compartirlos, nos permitirá darles más formas. Así se nos irá haciendo cada vez más posible generar estrategias y acciones para las distintas situaciones que la vida nos presenta.

Por otro lado compartir nuestros deseos y sueños nos volverá más conscientes de que no estamos solos, ni estamos desvariando. La escucha de las búsquedas de los otros, nos mostrará que somos muchos los que anhelamos experimentar una vida diferente; y también que la soledad y el silencio nos mantiene débiles e impotentes. Nos permitirá ver que lo que sentimos no son sólo sueños, sino parte de una incubadora colectiva en proceso de gestar.

Poco a poco iremos abriendo un proceso de transformación personal y, al mismo tiempo, nos volveremos más potentes para compartir con otros la co-gestación de un mundo que evolucione desde la crisis actual a nuevas formas de la realidad.

Es por todo esto que será importante para cada uno animarnos a asumir la iniciativa de convocar y organizar estos grupos de encuentro y conversación. Ellos serán un apalancamiento importante para ponernos a las puertas del círculo virtuoso de la participación humana en la creación.

Ese círculo virtuoso puede ser sintetizado de la siguiente manera:

1- Enunciar nuestros *deseos* activa nuestra *imaginación*. 2- La *imaginación* orienta y fortalece nuestra *intención*. 3- La *intención* organiza las fuerzas de nuestra *voluntad*. 4- La *voluntad* posibilita la *acción*. 5- *Nuestras acciones* construyen *nuestra forma de ser*. 6- “*Ser es perdurar en el esfuerzo de ser*” (Spinoza).

Objetivos y dinámica de las conversaciones.

El eje de sentido de toda la búsqueda es acrecentar el cuidado de nuestra experiencia vital y la de aquellos que conviven con nosotros. Necesitamos autorizarnos a involucrar en las conversaciones todas las situaciones de nuestra experiencia y también nuestras emociones y los sueños.

La pregunta principal con que necesitamos atravesar nuestras reflexiones es la pregunta por el sentido de nuestra vida. Cuando hablamos de *sentido* referimos al espíritu que da forma a nuestras experiencias. Se trata de lo que orienta nuestras emociones, nuestras elecciones y nuestras acciones. Es lo que hace que algo sea importante para nosotros. Es aquello que está en el centro de lo que consideramos valorable y de lo que sentimos como orientador en la experiencia de vivir.

El sentido de la vida es invisible para nuestra conciencia ordinaria, no sabemos de él concientemente y sin embargo está a la base de lo que pensamos, sentimos y hacemos. También es el eje desde donde configuramos lo que entendemos por realidad. Nos constituye sin que sepamos de su existencia y por eso es difícil abordar la pregunta sobre él de manera genérica. Sólo podemos vislumbrar su existencia cuando nos interrogamos sobre cuestiones concretas de nuestra experiencia.

Por esto es necesario estar atentos a la manera de posicionarnos al participar en estas conversaciones. Necesitamos superar las dificultades que nos inhiben y nos debilitan en nuestras intenciones de intercambio y alianza con otros. En ese sentido sugerimos:

+ Cada participante necesita afirmar su posibilidad de sentirse autor soberano de su existencia para crear nuevas formas de ser y vivir. Todos necesitamos que el grupo nos ayude en este posicionamiento. Necesitamos desarrollar nuestra validación interior para repensar lo que es *bueno* para nosotros y lo que no lo es, más allá de lo que es *correcto* para las creencias establecidas³. Autorizarnos a recrear sentido y valores, dando lugar a una nueva espiritualidad que se insinúa en nuestros corazones. La Creación actúa más allá de lo ya creado, lo transgrede para dar lugar a lo nuevo que busca ser. La tradición es nuestro origen, pero no debe convertirse en nuestro único horizonte posible. Somos parte de la fuerza de la Creación y responsables de coparticipar en ella.

+ . *Nos gestamos a nosotros mismos con la manera en que hacemos todo lo que hacemos.* (Desde el trabajo hasta el amor, desde lo que decimos y cómo lo decimos, hasta el grado en que alineamos lo que hacemos con lo que sentimos, pensamos....) Todos debemos sabernos a nosotros mismos resultado no sólo de lo que nos enseñaron, sino también de nuestras propias prácticas, de cómo hacemos todo lo que hacemos. Esto da un lugar de importancia mayor a nuestras prácticas. Es por eso que además de compartir ideas, opiniones y valores, sueños y deseos, en las conversaciones debemos dedicar atención al diseño de nuevas formas de ser y hacer en nuestras prácticas cotidianas.

+ En el inicio todo parece ser sólo un sueño, pero los sueños no siempre sueños son... Si actuamos con consecuencia, cuando comienzan a estar mediados por bosquejos de estrategias, los sueños se van convirtiendo en proyectos. Esto es lo que hará posible nuestras actitudes y acciones que comiencen a hacerlos realidad.

³ “El alma inmoral”, Nilton Bonder, Ed:emecé, Buenos Aires, 2010.

Es el camino en el que lo que ayer parecía solo un sueño, hoy puede comenzar a ser realidad. En el medio y como puente estará nuestro propio compromiso de perdurar en el esfuerzo de imaginar y crear.

¿Como se generan los temas de cada reunión?

Cada participante traerá a la reflexión aquellos aspectos de su experiencia en las que le resulte importante buscar caminos de transformación y cambio. Esa importancia puede surgir de *una situación problemática* (un conflicto con un hijo, una situación laboral, una cuestión organizacional de su lugar de trabajo, un transe difícil en una relación amorosa o amical, etc.) o también de *un deseo* respecto del cual necesita encontrar las estrategias que lo vayan haciendo posible en su experiencia (lograr un mejor diálogo con su familia; generar acciones solidarias; enriquecer la experiencia sexual con su pareja; iniciar un nuevo emprendimiento laboral, etc.)

En la dinámica que proponemos, cuando alguien plantea alguna de estas cuestiones desde su experiencia, está abriendo un tema en el que también está implicada la experiencia de los otros miembros del grupo, o muy probablemente lo estará en el futuro. Las cuestiones existenciales que nos interpelan a cada uno, son asuntos de la vida, y no sólo algo que le está pasando a quien lo plantea. La idea es que cada uno de los participantes *pueda reflexionar desde su propia experiencia*, qué le pasa y cómo quiere vivir en ese ámbito de la existencia sobre el que se propone pensar cada vez.

Esto es lo que permite al mismo tiempo repensar lo propio y aportar al grupo diferentes experiencias y maneras de ver que enriquecen la posibilidad de todos de imaginar y diseñar acciones y formas novedosas de vivir. Las consecuencias serán potenciadoras de la búsqueda de todos los participantes. Con esto queremos dejar claro que no se trata sólo de ayudar a quien explicita una dificultad o problema en su vida, sino también de aprovechar el tema planteado para que cada uno de los presentes pueda generar mejores actitudes y acciones en relación a la cuestión de que se trata.

También será positivo que algunas conversaciones sean abordadas desde preguntas más genéricas sobre la vida en sus distintos aspectos. Cuestiones que poco a poco, en el transcurso del diálogo, serán asumidas por los participantes para reflexionar sobre aspectos de su propia experiencia. Desde allí se desplegará un dialogo sobre lo mismo pero mucho más cerca de lo concretamente vivido por cada uno.

Algunos ejemplos de interrogantes y cuestiones que necesitamos abordar:

- ¿Cuál es el sentido que dirige mi vida tal como estoy viviendo?
- ¿La felicidad, la alegría y el goce de vivir son tomados como un valor principal?
 - ¿Estoy atento y cultivo esos valores como primordiales en mis actitudes y acciones?
 - ¿Mantengo una intención activa en el cuidado de mi vida?
 - ¿Asigno a eso tiempo y energía?
 - ¿Intento realmente diseñar mis actitudes y acciones desde el amor, la alegría y el goce de vivir?
 - ¿Pongo voluntad en hacer efectiva esta intención? ¿Cómo hacerlo?
 - ¿Cómo corporizar esa intención en mis situaciones laborales, en mis vínculos familiares, en mi relación de pareja? ¿Cómo hacerlo en cada circunstancia?
 - ¿Me conecto con lo vital, alegre y gratificante de cada situación o tiendo a posicionarme desde el problema y la contrariedad?
 - ¿Qué me gustaría cambiar en mi experiencia cotidiana de vivir?
 - ¿Me agrada mi experiencia laboral?
 - ¿Cuál es para mí el sentido que organiza mi relación con el trabajo?
 - ¿Cuáles son las brechas que existen entre lo que me gustaría vivir y mi experiencia actual?
 - ¿Cuál aspecto de esta brecha me gustaría priorizar hoy y disponerme a cambiarlo?
 - ¿Trabajo para vivir o vivo para trabajar?
 - ¿Actúo en mis relaciones amorosas (hijos, pareja, amigos...) con actitudes y acciones que cultivan y potencian la alianza o me dejo tomar por el deseo de control?
 - ¿Respeto la singularidad de los otros en tanto seres diferentes? ¿valido su ser diferente?
 - ¿En qué grado mis actitudes y acciones están tomadas por el espíritu de control y dominio? ¿Cuáles pasos puedo intentar hoy, para aflojar esa manera de ser?
 - ¿Me posiciono ante los otros como un aliado o como un competidor?
 - ¿Registro el presente como el tiempo en que mi vida ocurre, o lo uso en función de un resultado futuro y lo registro como instrumento útil para ese resultado?
 - ¿La conciencia de mi muerte, está presente en mis estrategias de vida?
 - ¿Elijo cómo quiero vivir o me someto a cómo se supone que la vida “debe ser” vivida?
 - ¿Estoy atento a elegir y protagonizar cómo vivo cada situación o dejo que las cosas me ocurran?

- ¿En qué grado mis actitudes construyen las posibilidades de que ocurra lo que quiero que ocurra y en que grado responden a mandatos y estilos que quisiera abandonar?

Será bueno que la conversación vaya accediendo a las experiencias concretas en que estos interrogantes se le dan a pensar a cada integrante. No se trata de pensar la vida en abstracto, al tono de un ensayo de ética, sino de *pensar situaciones de mi vida*, la de cada cual. Abrir esas preguntas dentro de la experiencia de cada uno, no sólo de pensar en abstracto los temas enunciados. Pensar cada cuestión desde situaciones vividas que nos plantean dificultades, problemas o deseos de cambios.

Para facilitar el comienzo de una conversación suele servir la lectura previa de textos cortos que operen como disparadores, no más de una o dos páginas. Artículos de revistas o párrafos de libros que traten sobre una cuestión que sea de interés al espíritu de las conversaciones. Es muy conveniente que la lectura esos textos, sea previa a la reunión. (A tono de ejemplo: es posible que, entre muchos otros, de este mismo libro puedan sacarse pequeñas separatas que resulten buenos disparadores.)

Las conversaciones serán un camino para ir abriendo posibilidades de imaginar nuevas maneras vivir y también para generar ***una alianza entre las personas que se acompañan mutuamente en ese intento***. Esta alianza será fundamental para tomar fuerza a la hora de comprometernos con los propios cambios. Nos empoderará para elegir entre el cambio enriquecedor de nuestras vidas o la pasividad que nos mantiene encerrados en experiencias devaluadas. Alimentará en cada cual la atención y el ánimo necesario para asumir en el día a día el cuidado de la propia vida. Nos ayudará a recordar que las riquezas existenciales de los nuevos tiempos no llegarán solas a nuestra experiencia, que necesitamos ir en su búsqueda.

Algunos encierros que dificultan el diálogo creador

- Nuestra cultura es heredera de una larga historia regida por la idea de la “verdad única, universal e inmutable”. Este es nuestro posicionamiento inconsciente y está presente cuando intercambiamos con otros. Esa supuesta universalidad de lo verdadero nos impide ver ***la verdad*** como una construcción histórica que se despliega en un proceso creador en el que podemos participar activamente. Nos

impele a someter todas las búsquedas a definiciones preexistentes. Genera prejuicios y durezas conceptuales. Atasca nuestra experiencia en la repetición.

- También nos ocurre que la idea de la verdad como “verdad única e inmutable” nos dificulta aceptar la posibilidad de distintos puntos de vista sobre una misma situación o cuestión, lo cual suele imposibilitar la complementariedad de visiones múltiples y dificulta la aceptación de las diferencias. “Si creo que algo que digo es verdadero, lo que difiere de eso es falso” Esto es un inhibidor importante a la hora de participar en conversaciones en las que nos proponemos pensar de manera creadora.

- Así es que funcionamos con la idea de que la opinión de uno excluye la consideración de la opinión de otro u otros. Si lo mío es válido lo tuyo no lo es y viceversa. Esto genera pensamientos lineales y simplistas a los que les resulta muy difícil construir miradas capaces de abordar la complejidad y multiplicidad que subyace a lo que cada uno ve como “realidad”.

- En tanto miembros de una cultura centrada en la utilidad y el dominio, es habitual que sintamos el “tener la razón” con un gustillo que reconforta nuestras ansias inconcientes de poder. Sentimos que somos más importantes y más respetables ante la mirada de los otros... Sin darnos cuenta, funcionamos como si nos interesara más “tener razón” que pensar con los otros.

- Cuando conversamos más que pensar y buscar mejores lecturas de lo real, argumentamos repitiendo algo que ya damos por verdadero. Muchas veces cuando escuchamos al otro ya estamos pensando como rebatir su opinión. Este funcionamiento inconciente, funciona como enorme obstáculo de nuestra creatividad. Tanto en los grupos como en la vida, nos imposibilita mantener conversaciones abiertas, buscadoras y creativas.

- No nos resulta fácil compartir los asuntos de nuestra vida privada con otros. Formados para hacer y producir, somos poco experimentados en compartir las experiencias íntimas y tenemos poca inclinación a hacerlo. No sabemos intimar. Necesitamos ejercitarnos en esa práctica, aunque de inicio nos resulte dificultosa.

- También necesitamos aprender a mostrar y compartir nuestras dudas, debilidades y contradicciones. Generalmente cuando conversamos informamos sobre cosas que pasaron y situaciones que nos ocurren, ***muy poco contamos de lo que sentimos y de lo que deseamos.***

Todas estas son actitudes importantes que necesitamos ir transformando para poder profundizar el proceso de conversar en abierto y desde lo más profundo de nuestra vivencia.

Aptitudes y actitudes que enriquecen la reflexión con otros.

Para referir más en concreto a las actitudes y las aptitudes conversacionales que conviene sean cultivadas en estos grupos de conversación, usaré parte de un texto redactado por Alejandro Romero, un activista social también integrante del equipo de “Pensar la Vida”. Pensando la cuestión y luego de otras consideraciones Alejandro nos dice:

“Así pues, encarar una conversación creadora, en el intento de pensar juntos, implica varias ‘operaciones’ a las que tenemos que mantenernos atentos. El punteo que haremos es tentativo e incompleto, y se refiere siempre a ‘metas’ a cultivar; intentos que a veces nos salen bien y muchas veces no. Para pensar juntos, entonces, podemos y necesitamos poner en práctica una batería de ‘astucias de la razón dialoguista’:

- Escuchar atentamente a los otros, haciendo un esfuerzo por seguirlos en su exposición hasta el final, sin ponerse a pensar, mientras hablan, qué les vamos a contestar.
- Habilitarse para preguntar, para pedir explicaciones, para admitir que no los entendimos del todo.
- Tomarse el tiempo –y pedir al otro que nos conceda el tiempo- para pensar lo que se dice.
- Cuando no terminamos de ver claro, solicitar más información. Preguntar mucho, todo lo que se nos ocurra.
- Anotar, llegado el caso, lo que se nos ocurre que queremos preguntar o comentar o incluso criticar, de modo de no interrumpir al que habla y tampoco olvidar la idea que tuvimos.
- No ofenderse ni molestarnos cuando nos corrigen, nos interrogan, nos preguntan o nos desmienten.
- Exponer lo que pensamos de la forma más clara, precisa y breve que podamos. Evitar las exposiciones largas que dificultan la escucha de las ideas principales que intentamos transmitir.
- Dejar siempre abierta la posibilidad a que nos pregunten, de manera de poder aclarar o desarrollar lo que queremos decir.
- Cuando nos enojamos o nos disgustamos o nos exaltamos o nos angustiamos mucho ante algo que otro dice, o que se está conversando, es

preferible callar hasta que las emociones se aquieten, de modo de poder pensar y expresarse con la cabeza más tranquila, de forma que los demás puedan escucharnos mejor.

- Si a la hora de aclarar algo no podemos hacerlo, aceptar que nuestra claridad sobre lo que nosotros mismos pensamos llega, por el momento, hasta ahí. No intentar a toda costa parecer “más inteligentes” o más coherentes de lo que en ese momento realmente podemos.

- Tanto cuando nos falta claridad sobre pensamientos propios como cuando nos falta claridad sobre lo expuesto por otros, tomarse el tiempo de pedir más información.

- Y para saber qué información nos hace falta, poner en preguntas explícitas lo que ‘nos hace ruido’, ‘no nos convence’ o nos genera dudas.

- Aceptar sin que nos resulte incómodo la aparición de dudas, incertidumbres, oscuridades, incluso respecto de temas que creíamos tener claramente definidos y firmemente resueltos.

- No apurarse en sacar conclusiones.

- Cuando se sacan conclusiones, tener siempre en cuenta que en general las conclusiones atienden a circunstancias determinadas y por tanto no suponerlas siempre válidas.

- Estar dispuesto a retomar cuestiones conversadas y a volver sobre ellas. No tener vergüenza de corregir, de desmentirse, de cambiar de parecer. Estas son actitudes positivas y, en general, bien consideradas por los otros.

- Luchar contra nuestro deseo de tener razón. Cultivar la belleza y la fuerza que nos da avanzar juntos, enriqueciéndose mutuamente.

- Enfrentar el miedo a los cambios a partir de la convicción de que toda identidad, la nuestra también, es compleja, rica en matices y variaciones, y puede modificarse sin perderse ni subordinarse en el camino”.

(Hasta aquí las sugerencias de Alejandro.)

Algunas ideas operativas para comenzar

Proponemos que invitemos a estas conversaciones a nuestros amigos y compañeros. Será bueno que en nuestras conversaciones con ellos, aparezcan referencias a deseos, problemas, desagradados y búsquedas existenciales. Pero también es muy frecuente que al principio no logremos abordar esas cuestiones de manera que ayude a quien las plantean y también enriquezca a los otros. Es posible que casi no atinemos a formularnos las preguntas que abran la posibilidad de pensar caminos creativos que atiendan las dificultades planteadas.

Esa debilidad inicial para la creación de nuevas respuestas, actitudes y caminos ante las cuestiones planteadas, se irá superando en el grado en que la reflexión, el intercambio de experiencias y el acceso a pensar más allá de lo conocido, se vaya alimentando y acrecentando en el proceso colectivo y en cada uno de sus integrante.

Aliarnos para desarrollar la capacidad de ser creativos en la experiencia de ser y de hacer, es uno de los objetivos principales de los grupos que proponemos. Lo necesitamos nosotros y los otros. También lo necesita la situación de crisis social en la que existimos. Algunos concientemente y otros de manera Inconsciente, todos estamos atascados o intentamos andar en pista pesada. ***Si estamos atentos a la oportunidad para hacer la propuesta, puede ser que nos sorprendamos gratamente ante el interés de nuestros interlocutores.***

Quizás ayude, a quienes se animen a convocar, el abordaje del tema en conversaciones “mano a mano”, en las que cuenten al otro las sensaciones propias ante determinadas situaciones de su vida o al leer un texto o al tomar contacto con un deseo o un sueño...

Iniciar los encuentros con un pequeño grupo de tres personas puede funcionar como un inicio que atraiga a otros. Será bueno que las reuniones se realicen con una regularidad prefijada, semanal o quincenal, en grupos más o menos estables, cuyo número oscile entre un mínimo de seis y un máximo de diez personas.

Puede ser facilitador del funcionamiento que el grupo asigne a uno de sus miembros la tarea de coordinar los encuentros y facilitar la conversación. El objetivo del rol facilitador que sugiero es el de ordenar la sucesión en el uso de la palabra, sugerir evitar los discursos largos que dificultan el intercambio, subrayar las ideas que el grupo sienta potentes.

Para evitar que en el ejercicio de ese rol se deslicen viejas tendencias a la “jefatura”, sería bueno que se ejerciera con una rotación mensual o bimensual entre los miembros del grupo, al menos entre aquellos a quienes les motive asumir la tarea. Al mismo tiempo será muy importante que todos los participantes estén atentos a detectar las dificultades que limitan la fluidez del diálogo. Es importante no dejar que tal cuestión quede solo a cargo del facilitador de turno.

Analizar y evaluar el funcionamiento grupal será parte de la tarea. Como vimos pueden ser muchas las formas en que nuestras actitudes, no concientes, en la conversación atasquen el intercambio y la creatividad grupal. Es de gran

importancia aprender a detectar las distintas maneras en que esas dificultades aparecen y buscar colectivamente como superarlas. Aprender a escuchar la crítica como una ayuda es fundamental en esta cuestión.

Esto será vital para el buen funcionamiento grupal, pero también será un aprendizaje de fundamental importancia para comenzar a cambiar los estilos vinculares de nuestra vida cotidiana. Posiblemente éste sea uno de los aprendizajes que más potencien a cada integrante en sus cambios existenciales.

IX - Micro y macro-política: una estrategia.

Concebimos a la micro política como generadora de las condiciones de posibilidad subjetivas de una nueva manera de concebir y ejercer la política. Por eso la consideramos de vital importancia para todas las experiencias colectivas interesadas en mejorar la organización y la convivencia en la sociedad.

Su perspectiva hace eje en la transformación personal de los ciudadanos y pone su acento en los cambios que potencian la capacidad de liderar lo nuevo en la re-construcción de la realidad social. *Esa re-construcción social, a su vez dará mayores posibilidades a la transformación personal. Este es el círculo virtuoso que necesitamos poner en movimiento.*

En nuestra experiencia se expresan fuerzas que pulsán por dar distinta resolución a la crisis que vivimos. Las que intentan defender el mantenimiento de las viejas formas de la realidad y de la vida, y las que se proponen impulsar los cambios evolutivos a formas de vida de mayor riqueza existencial.

Las fuerzas histórico-culturales que intentan evitar la evolución defienden con insistencia *los valores* que organizan lo viejo y conocido, como si estos fuesen válidos por siempre, en cualquier tiempo y circunstancia. Como si tales valores no tuviesen historia. Como si no hubiese un tiempo en que surgieron, en el que significaron un cambio respecto de otros valores preexistentes y un tiempo de su devaluación y pérdida de vigencia.

Desde ese posicionamiento atemporal, se reclama su vigencia eterna y se denuncia a los cambios evolutivos como perversiones o como “perdida de los valores”. Son muchas las maneras en que se manifiestan estas acciones conservadoras en nuestra sociedad, y muchos también los dispositivos inconcientes que todos portamos y que alimentan ese posicionamiento sin que nos demos cuenta.

Las personas y las organizaciones sociales que intentamos trabajar en la creación de mejores formas de la existencia, debemos asumir la tarea de gestar en nosotros mismos y en los colectivos que integramos, nuevas formas de ser y hacer, como organizaciones y como persona, que atiendan a las nuevas condiciones de posibilidad actuales. La suma de las transformaciones de individuos y de grupos de individuos, irá construyendo una “masa crítica” que hará realizables los cambios sociales necesarios y posibles en el camino evolutivo.

Algo de esto ya está ocurriendo, aunque aún todo sea en un grado muy larval. Ya estamos inmersos en un proceso transformador, si bien todavía resulta difícil ver esto con la claridad con que observamos los procesos de mutación socio-culturales ocurridos en el pasado. Nos cuesta sabernos partícipes del cambio y actuar concientes de estar habitando esa coyuntura histórica de transformación. Actuar no sólo por oposición a aquello que nos desagrada, sino también en la construcción de lo que nos entusiasma.

Es de enorme importancia comprender la significación de la micropolítica en la generación de las condiciones para el nacimiento de un nuevo estadio evolutivo de la humanidad y actuar en consecuencia. Aprender a atender las modificaciones que necesitamos hacer en nosotros mismos y en nuestro contexto inmediato para estar en condiciones de construir un nuevo escenario para la vida en sociedad.

En tanto no aprendamos a relacionar las tareas del orden micro con las del orden macro, seguiremos empantanados en las viejas formas de la política. Seguiremos intentando con los viejos método de obtener poder e ejercer el mayor control posible sobre lo que nos rodea. *Creo que esta fue la gran ingenuidad, y la consecuente debilidad, de muchos fracasos que intencionaron transformaciones sociales en el último siglo.*

La micropolítica parte de la propuesta de que hombres y mujeres se alíen en el intento de enriquecer sus vidas personales, pero también apunta a que esa intención puesta en práctica, potencie la aparición de mejores perspectivas, proyectos y prácticas de la sociedad como conjunto. Necesitamos replantear en todos los niveles de nuestra organización social las actitudes, los objetivos y las estrategias que orientan su funcionamiento. Debemos generar las condiciones subjetivas y espirituales para que esto ocurra, desde el gobierno nacional hasta las direcciones de los clubes barriales, desde las organizaciones sociales a las direcciones sindicales y los dueños y funcionarios de empresas.

Actualmente, en su mayoría, esas funciones de liderazgo se ejercen con estrategias que, de manera más o menos inconcientes, apuntan **al control y al dominio**, y desde posicionamientos peligrosamente **orientados por el egocentrismo y la "importancia personal"**. Aún quienes intentan actuar en función de nuevos intereses y valores, se encuentran repitiendo viejas maneras de ser. Así es como el sentido de dominio mantiene su señorío sobre las prácticas de liderazgo social en sus diversas manifestaciones. Vemos esto a diario.

Para transformar estas conductas es necesario ir más allá de la visión lineal en la que se lo entiende como una cuestión ética de quien se trate. No es una simple traición a los ideales declarados o de funciones mal atendidas. Lo que está en la base de la situación es una debilidad estructural del estado ético-existencial de la sociedad, hegemonizado por una sensualidad que registra al dominio, al dinero o a la fama como los elementos más valiosos en la vida de las personas.

Debilitados todos por el predominio de este estado de la ética social, se comienza a tomar como “normal” que los intereses tejidos desde el deseo de poder de quienes conducen, se priorizan por sobre los de la comunidad. Esto ocurre en casi todos los estamentos dirigentes de la sociedad, pero en política la cuestión tiene una significación mayor en tanto la consideramos responsable de orientar al conjunto social en su evolución.

Ese estado de impotencia y resignación hace que no participen de la conducción de lo público, o se retiren de la política, ciudadanos cuya conciencia les hace insoportable la participación en ese proceso de corrupción y deterioro social. Sólo algunos pocos mantienen el desafío de intentar la acción sin caer en las conductas tenebrosas de los juegos del poder y el dominio, pero su fuerza es menor y terminan siendo excluidos del ámbito. Así es que los hombres y las mujeres más próximos al espíritu de amor, alianza y pertenencia comunitaria, son expulsados del campo político por la devaluación ética que lo inunda.

Cada vez se nos hace más difícil imaginar el surgimiento de proyectos políticos centrados en estrategias que tomen sentido en el bien común y la felicidad de las personas. Lo grave que nos amenaza consiste en que en el grado en que esos propósitos estén ausentes de lo público, será más larga y más honda nuestra inmersión en la crisis. Necesitamos encontrar las sendas de salida de este laberinto aunque muchas veces tengamos también que asumir las posibilidades de cometer errores y enfrentarnos con frustraciones.

La superación de esta situación que hoy inunda a la política y a muchos otros roles de liderazgo social, requiere que cada día más hombres y mujeres cultivemos la apertura de nuestras conciencias a otros sentidos que nos oriente en nuestras acciones. Es fundamental que tengamos presente este eje de la cuestión al intentar accionar en el mejoramiento del contexto en que vivimos.

La política en la etapa de transición de la política

Para transformar el estado de nuestra “cosa pública”, será necesarias estrategias culturales que re-construyan el sentido y la potencia vital de las personas. *Esas estrategias deberán ser ejercidas desde fuera del estado y también desde dentro de él.* Serán necesarios todos los lugares en que nos encontremos quienes acordamos en esa perspectiva, para abordar diferentes e infinitas maneras de desarrollar estrategias cuyo eje será crear mejores condiciones subjetivas para el cambio social.

Sin dudas esas estrategias de transformación de las maneras hacer en política, no ocurrirán en campo limpio. Las formas que heredamos del mundo que termina son como una maleza abundante en un campo que queremos de cultivar. No ilusionamos ingenuamente un campo limpio y deshabitado de toda forma de existencia, y simplemente dispuesto a la germinación de las nuevas semillas. Tanto en las personas como en las organizaciones políticas, sociales y laborales, señorea el viejo estilo de ser y hacer. Esa es la realidad que debemos abordar.

Soy consciente que vivimos una etapa bicéfala y que en ella estarán presente las viejas maneras y habrá que también actuar en consecuencia y, a veces, asumir el estilo en que actúan los intereses “beneficiados” por lo viejo. Pero debemos saber con claridad que esas acciones son concesiones tácticas ante la resistencia de lo viejo, no las que pertenecen al corazón del nuevo proyecto. ***Si esta conciencia es débil, todo termina absorbido por el mismo y viejo estilo.***

Creo que todo ha de ocurrir como un lento desplazamiento de lo viejo por lo nuevo. Seguiremos viviendo en los juegos de dominio mientras aprendemos paso a paso como vivir desde el amor. Cada vez menos de lo que termina cada vez más de lo que llega. Pero con la mirada, el corazón, la estrategia y cada vez mayor parte de las acciones, puesta en una forma de ser y hacer que necesitamos cultivar ante la presencia agónica de lo que ya está en su trecho final, pero aún está.

Esta relación entre lo viejo y lo nuevo en la micro y en la macro política, implica una estrategia que sugerimos pensar como la generación progresiva de un “oleaje” que se va armando con el surgimiento de pequeñas e infinitas olas transformadoras. Son olas generadas en infinitos y pequeños proyectos, conversaciones y acciones, que pondrán en marcha otra forma de ser de las cosas y de la vida, en un número cada vez mayor de personas.

Serán infinitas reflexiones, proyectos y acciones que deberán nacer de un número pequeño de personas, que actuarán como pilas generadoras de pequeños movimientos en la conciencia, que a su vez serán generadores de nuevas reflexiones, nuevos proyectos y más acciones de un mayor número de personas. Olas que se entrecrucen y se tejan hasta lograr olas mayores, capaces de liderar el nacimiento de un nuevo proyecto de la sociedad toda. Creemos que este es el camino necesario y conveniente para superar los nudos más profundos de la crisis. ***Creo que aquilatar el valor de esas “oleadas” de pequeñas acciones será uno de los aprendizajes mayores para la política en las próximas décadas.***

Es preciso que las estrategias del cambio intervengan en las relaciones de fuerzas entre los viejos y nuevos sentidos que están presentes en nuestras conciencias. Debemos ser conscientes que el egocentrismo (deseo de sobresalir, “ser importantes”, “ser poderosos”) que perdura en cada uno de nosotros, es la trinchera donde se guarece el arsenal más sutil y poderoso de las fuerzas que resisten al cambio. La transformación histórica que hoy se presenta como necesaria y posible, tiene su obstáculo principal en este “nido mayor”. *Comenzar a desbastarlo será un eje en los tramos iniciales de la propia transformación personal, y desde allí será también un eje de principal de aprendizaje para liderar nuevas posibilidades de lo social.*

El proceso de superación de la situación actual de nuestras sociedades hace necesario que generemos una “masa crítica” de personas conscientes y cuyo peso cualitativo sea capaz de ponernos en camino. De eso puede resultar un cambio social de una magnitud hoy difícil de imaginar. Y ese camino es cada día más posible.

Las condiciones de posibilidad las están entregando:

- La crisis de sentido que compartimos,
- Los deseos de mejorar nuestra calidad de vida y
- Las posibilidades de apoyarnos mutuamente de las que hoy nos provee la tecnología comunicacional. Esto último es lo que hace posible, como jamás antes en la historia, que las “olas” se encuentren y entretejan.

Nuestra imaginación y nuestra capacidad de crear pueden hacer el resto, si ponemos conscientemente nuestra intención y nuestra voluntad en ello. Seamos conscientes de que la riqueza de nuestra vida, y la de nuestros nietos, depende de que nos animemos a hacerlo.

X - Un nuevo sujeto en la construcción social

Las Organizaciones de la Sociedad Civil y la micropolítica.

Creo que en los tiempos iniciales de este proceso de transformación en el que ya estamos inmersos, las Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC) serán de importancia principal. Ellas son expresión de las primeras manifestaciones de la conciencia colectiva en el intento de sortear el poder que detenta la ganancia como sentido orientador de la producción. Una apropiación que hace del trabajo un puro instrumento de sus resultados pecuniarios.

Tanto los líderes y promotores de las OSC, como quienes buscan sumarse como colaboradores / trabajadores, son personas con un alto grado de desagrado con las implicancias existenciales y sociales de la dictadura de ese sentido en la producción. Son personas ya no se encuentran cómodas con ese viejo espíritu organizador del hacer productivo e intentan generar nuevas formas. Son quienes más registran la crisis de sentido, sienten inconformidad con las viejas formas de las organizaciones laborales y, consecuentemente, intentan participar en ámbitos de producción en los que encuentran mayor sentido de sus acciones y más confortabilidad en sus vínculos.

Ahora bien, quienes actuamos desde esta visión contracultural somos aun portadoras también, en mayor o menor grado, de los paradigmas que organizaron las viejas formas de ser y hacer, hoy ya caducas.

Es esta contradicción entre forma de ser que nos constituyen y las ganas de vivir de otras maneras que sentimos más deseables, lo que señala a las OSC como inmediatamente necesitadas de asumir la tarea conciente de transformación subjetiva (motivaciones, deseos, actitudes, posicionamientos, valores), tanto en el orden personal de quienes las integran como el organizacional de sus instituciones. La transformación personal y organizacional es vital a sus estrategias.

La consecuencia entre los objetivos que se plantean y la afirmación en sus prácticas de esos nuevos sentidos que dan razón de ser a sus organizaciones, depende en gran medida de que esa tarea sea asumida por ellos como una cuestión estratégica central.

Todos estamos en el mismo barco y las olas son grandes...
*La solidaridad nos conviene a todos*⁴

En las últimas décadas está aumentando el número de personas interesadas en participar en acciones solidarias. Incluyo en esto a las distintas expresiones organizadas de la sociedad civil (ONGs, fundaciones...) y a lo que generan algunos empresarios que comienzan a poner atención en las tareas y en las estrategias de interés comunitario.

Esto comienza a presentar un nuevo plano de la acción social-política en nuestras sociedades y es difícil prever la magnitud de su importancia futura. Por el momento no es imaginable la manera en que puede impactar en el funcionamiento de las instituciones políticas que hoy funcionan, pero sí es previsible que en un futuro más o menos inmediato comiencen a tener un impacto más significativo en ellas y en la comunidad toda.

Cuando en una sociedad un número significativo de personas empieza a abordar formas diferentes de hacer lo que hacen (en este caso referimos al hacer productivo) estamos ante los inicios de un cambio de los paradigmas que organizan ese aspecto de la vida. Ese cambio muestra una su comienzo en la presencia cada vez mayor de las OSC. En ese comienzo se muestra que nuevas formas del hacer productivo son posibles y que nuevas prácticas han comenzado. Así se dinamiza el cambio de los deseos y los proyectos de las personas y también sus prácticas y organizaciones sociales.

Las dificultades del proceso

En los primeros años de estos procesos históricos de transformación civilizatoria es más posible enunciar el espíritu que orienta el cambio que actuar en consecuencia. Nuestras acciones son aún contradictorias, débiles, y confusas. Aún no tenemos incorporada sus formas convenientes en nuestras prácticas, las nuevas maneras de ser que lo animan. Algunas veces podemos y otras ni la vemos...

Todavía estamos tomados por los viejos paradigmas y nos cuesta obrar desde las nuevas actitudes y valores que sentimos y proclamamos deseables y que el cambio requiere. Nos es difícil mantener la consecuencia de nuestras acciones con intereses más amplios que los de la propia organización y los personales. También

⁴ La primer versión de este capítulo fue publicada en diciembre del 2011 en el CEOFORUM de Vistage, Buenos Aires.

nos resulta dificultoso dejar de actuar en función del reconocimiento y la importancia personal, o pensar con otros sin que nos importe tener razón...

Pero todos recordamos aquello de "...se hace camino al andar..." Con esa expresión Machado dejó señalada a la práctica como fuente de creación en nuestras tareas y en nuestras vidas.

Los primeros pasos

Al inicio muchas de las acciones solidarias fueron respuesta a la situación de desamparo y miseria en que se encuentran amplios sectores por el abandono del estado de su función social. Esta fue la primera situación que movilizó nuestra conciencia y activó el sentimiento solidario.

Creo que en la actualidad la actitud solidaria comienza a trascender ese marco. Un poco porque las actuales condiciones sociales de la producción, nos permite ampliar nuestros sueños de bienestar colectivo, otro poco porque la situación social en que nos encontramos no amenaza sólo a los más desprotegidos. La inseguridad, la violencia, el malestar social, la pérdida de códigos éticos y el oscurecimiento del sentido de la vida, empobrecen la existencia de todos nosotros.

Cada día somos más conciente que hay co-pertenencia solidaria de todos a esta crisis estructural de la sociedad en que vivimos. En este estado de las cosas, la solidaridad es una cuestión de hecho que atañe a todos, antes que un deber moral con los más necesitados.

Estamos en el mismo barco... es la conciencia de esa comunidad de destinos con todos los otros, para bien y para mal, lo que genera en cada uno de nosotros la intención de actuar solidariamente, además del deseo puntual de ayudar a los que están más afectados por la coyuntura.

Dicho de otra manera, si somos conscientes de lo que está ocurriendo en el país y en el mundo, realizaremos acciones solidarias para beneficiar a otros, los pobres o necesitados, pero también en función del cuidado de la vida, en primer lugar la nuestra propia.

Se hace camino al andar...” y el andar crea caminos

La confusión y la crisis en que hoy se encuentran los sectores dirigentes mundiales, tanto en lo económico como en lo político, sugieren el final de un tipo de liderazgos y abre expectativas por la aparición de nuevos actores en el escenario.

El proceso en el que se generan las fuerzas para el cambio es múltiple, muy complejo y enmarañado. Hasta ahora todo ocurre como acciones poco coordinadas entre sí. Sin embargo todas se entrelazan en tanto son acciones que se orientan a la construcción de una nueva manera de ser y de hacer las cosas. Pequeños brotes de lo nuevo aparecen en la experiencia de cada uno y en la convivencia social de todos.

En mi propia experiencia he aprendido que en el grado en que orienté mis acciones en el cuidado de mi vida y la de otros, se fue generando mayor intensidad y felicidad en mi experiencia. Aprendí asimismo que mis acciones me hacían crecer en mi capacidad para generar en el sentido propuesto. También al hacer cometí errores y tuve aciertos. Ambos me ayudaron a ver por donde seguir.

Somos actores principales de ese proceso desde quienes organizan comedores populares hasta los pensadores de la filosofía cuántica y los que defienden el cuidado del medio ambiente... hasta las pequeñas e infinitas acciones de cada uno de nosotros... que cada día somos más.

También se hace necesario que parezcan proyectos y estrategias que pongan su mira en las cuestiones claves implicadas en este cambio evolutivo que vivimos. Acciones que ayuden a gestar formas de ser y hacer que apunten más allá de nuestras necesidades concretas, y nos ayuden a avanzar en el objetivo general compartido: cuidar la vida.

Quizás la más escueta síntesis del espíritu que orienta este proceso aún inorgánico, sea: **CUIDAR LA VIDA Y EL BIENESTAR DE LAS PERSONAS**. Cuidar la vida, la propia, la de otros, la de todos. Cuidar la vida misma. Eso es lo que está ocurriendo en los hechos, con debilidades hasta en la formulación de los objetivos, con contradicciones en las prácticas... que aún tienen forma de un laberinto de salida desconocida.

Así es siempre el comienzo de lo nuevo: precario, variopinto, múltiple, a veces confuso y contradictorio... Así han ocurrido todos los cambios evolutivos de la humanidad. Su perfil y su potencia se van gestando en el grado en que con nuestras

prácticas vayamos siendo cada vez más hábiles para crear caminos con un nuevo horizonte.

En esta construcción necesaria es importante asumir que uno de los ámbitos más organizados y significativos en los que parece estar generándose una nueva conciencia son las Organizaciones de la Sociedad Civil. Sus instituciones son, hoy por hoy, los espacios que parecen contar con más amplias posibilidades organizacionales para cultivar lo nuevo y de impactar en la construcción de un nuevo acuerdo social. ***Esto puede ser así porque cuentan con la llave principal del aprendizaje: su práctica concreta está organizada en proyectos que se orientan por el cuidado de la vida y el bienestar de las personas.***

Sin embargo debemos saber que el desarrollo espontáneo de este sector no dará cuenta en si mismo de la transformación necesaria que la crisis demanda. También para esto serán necesarias estrategias voluntarias y conciente. ***Estrategias que canalicen las fuerzas vitales de evolución que anidan en el sector.***

Anexo 1

Filosofía práctica: tiempos de cuidar la vida El sentido de la vida es el eje de la consultoría filosófica

Ponencia de L. Kohon en el Primer Congreso Iberoamericano para el Asesoramiento y la Orientación Filosófica

Universidad de Sevilla, España, 2004

Aunque tuve relación con la filosofía desde muy joven, recién a fines de los años setenta di los primeros pasos en esto de usarla para enriquecer la vida. Lo hice en mi propio camino de búsqueda. Había perdido el rumbo y con las terapias conocidas no me bastaba para dar cuenta de mis dificultades. Comencé a interrogarme desde la filosofía y comprendí que muchos de mis problemas referían al estado del mundo, y que otras personas compartían, en cierto grado, ese malestar. Esto me permitió apreciar el potencial de mi abordaje y me dio las primeras pistas. Comencé mi tarea de consultoría en 1984.

Concibo la filosofía como la tarea de pensar el tiempo en que vivimos, con el principal objetivo de afirmar y enriquecer la vida en el presente. En ese marco, entiendo la Consultoría Filosófica como la tarea de asistir a otros en su intento de pensar-pensarse para sintonizar con el espíritu de la época y afirmar su vida en las condiciones de crisis en que se encuentra el mundo. Se trata de potenciar al consultante en la tarea de pensar, resignificar y reorganizar la propia experiencia de vivir, lo cual incluye la capacidad de diseñar y ejecutar acciones para re-crear su vida y co-crear el mundo.

Visto en perspectiva humana, el mundo es una construcción en constante hacerse desde las condiciones de posibilidad que se presentan en cada tiempo-espacio. Esa construcción es orientada por la relación de fuerzas entre los Sentidos, que en su devenir también generan su reordenamiento.

Llamo Sentido a lo que es cardinal a cada forma-mundo, lo que organiza su existencia y lo hace comprensible y co-habitable. Se trata de lo esencial que constituye la visión y experiencia de las personas en cada época, de lo más sustancial que da forma a la realidad y organiza la vida. Es la orientación de las fuerzas creadoras, que hacen que las cosas sean de la manera en que se dan en cada momento histórico.

El concepto no se refiere a un elemento de la realidad, sino más bien a aquello que hace que ésta sea de determinada manera: es la “tonalidad” de lo real tal cual se da en una cultura determinada. Las cosas son como las fuerzas de sentido nos las hacen ver y vivenciar.

“Sentido” nombra entonces a lo fundante del “envío del ser”, y también a lo más general y común a todos los entes. Es la “Voluntad del Mundo” o la “Voluntad de Dios” o “El Espíritu de los Tiempos”, que en su despliegue va dando forma a la realidad y hace que las cosas y la vida vayan siendo y cambiando.

En mi opinión, la tarea central de la filosofía es la que se presenta desde la pregunta por el Sentido. Para nosotros preguntar por el sentido es preguntar por lo que da forma a nuestra vida desde lo instituido-heredado y, al mismo tiempo, registrar y dar figura inteligible a lo que, todavía informe, pulsa en nuestro interior como Sentido desde el que deseamos vivir. En la tarea de consultoría, podemos ver que también nuestros consultantes (aunque muchos de manera no explícita) se preguntan por el sentido de su vida al sentir su propia experiencia apocada o debilitada.

Para casi todos nosotros es ya un dato que vivimos una época de transición entre el mundo de la Modernidad y un mundo nuevo que se está gestando. Habitualmente, nos referimos a este tránsito como “crisis cultural”; una crisis que no es sólo política ni sólo económica, ni sólo ética... Es la crisis estructural de una forma de ser de las cosas y de la vida, que llegó a un peligroso punto de saturación. Esta crisis es consecuencia de la realización -y culminación- del proyecto de la Modernidad; y como todas las crisis, es también re-estructurante. Con esto quiero decir que da lugar y motiva la re-significación y reorganización de lo existente.

Para pensar la tarea a la que es convocada la filosofía en esta coyuntura, será bueno recordar la circunstancia, para mi nada casual, en que surge la Consultoría Filosófica. Esto ocurrió en sus primeras manifestaciones durante los años ochenta. Por entonces, la crisis de nuestra forma-mundo ya era profunda, y comenzaba a ser más explícita la crisis existencial de las personas. Ese contexto en el que nació la Filosofía Práctica señala que la crisis está en la base de nuestra tarea, y que se trata, en lo fundamental, de una crisis de sentido.

¿Qué es una “crisis de sentido”? Generalmente, hablamos de “crisis de sentido” para hacer referencia a lo que les ocurre a las personas cuando pierden conexión con lo que les importa, con aquello que orienta e intensifica su experiencia

de vivir. Cuando esto le sucede a la sociedad en su conjunto, lo que se manifiesta es una crisis de sentido de una determinada cultura. En este caso la crisis afecta, en algún grado, a todas las personas que viven en ese tiempo-espacio, y se presenta como crisis existencial. Se trata de una situación histórica en la que se oscurece el rumbo de la vida y la experiencia de las personas decae en intensidad. El desaliento, la desorientación, la superficialidad y la anomia ética lo invaden todo. Aquello que dio sentido en el pasado ha perdido fuerzas, y lo nuevo aún permanece en la penumbra del amanecer.

Los individuos que vivimos en esa coyuntura histórica fuimos formados en paradigmas, creencias, valores, conductas y maneras de ser que ya no sintonizan con la nueva situación y con el espíritu de los nuevos tiempos. Pierden vigor los proyectos y se enmaraña la dirección de nuestras acciones. Esto es lo que sucede en nuestro presente: es una situación colectiva de la que todos somos partícipes. Es el contexto en el que vivimos y también es nuestro estado interior. Las fuerzas organizantes se encarnan en cada cual y determinan que la realidad se presente como siendo “verdaderamente así”. Por eso, a mi entender, es fundamental ayudar a las personas a comprender el carácter epocal de lo que llamamos realidad. Esto las habilitará a co-crear nuevos caminos del Ser, nuevas realidades.

Acordamos con Nietzsche y Bataille en que la vida busca siempre afirmarse a sí misma. Sin embargo, la manera que esto tiene de manifestarse es diferente en las distintas épocas, en razón de los diferentes estados del mundo que ofrece cada tiempo-espacio. La consecuencia es que nuevos horizontes de sentido van instaurando otras maneras de ser de las cosas y la vida. Son distintas configuraciones de sentido que dan forma a épocas diferentes.

La situación actual

Nuestra existencia está organizada férreamente, y por eso también encerrada, en creencias y valores que perdieron vigencia porque se originaron en una situación histórica ya superada. Vivimos en un horizonte de sentido que se gestó hace unos quinientos años, cuando la humanidad occidental comenzó a poner el eje de sus esfuerzos en el incremento de la capacidad de producción para satisfacer las necesidades materiales. El desarrollo de las fuerzas productivas fue el leitmotiv de la época. A eso se lo llamó “progreso”, y en él, todo tomó forma en su ser útil para algo, incluida la vida misma. El productivismo fue el espíritu que dio forma a la realidad y orientó las prácticas humanas en todas sus manifestaciones. Ese fue el eje de sentido que constituyó la subjetividad de la era moderna.

Hoy vivimos tiempos de gloria de la tecnología y con ello de la capacidad productiva. Son también tiempos de realización de la Modernidad, una configuración de sentido que transita su final.

La revolución tecnológica trastocó los cimientos en que se enraizó esta hegemonía del sentido productivista y esta manera de ser de las cosas: me refiero a una determinada relación entre las necesidades y la potencialidad productiva de la humanidad. Se generó así la crisis de los viejos paradigmas. En la actualidad, el capital acumulado en robótica es cada vez mayor y, en consecuencia, cada vez resulta menos necesario y significativo el trabajo humano. Este es un logro valioso del progreso productivo, pero también acarrea nuevos problemas que se tendrán que resolver.

Como primer efecto en la economía social, se desorganizó el sistema de distribución hasta ahora vigente: la relación trabajo-salario. Por la vía del desarrollo tecnológico, se incorpora más “trabajo muerto”, acumulado como capital, a la actividad productiva; es decir: la robótica desplaza y devalúa el “trabajo vivo”.

Más allá de las consecuencias que tiene en términos de desocupación y marginación social, este apocamiento de la significación del trabajo humano en la producción genera un quebranto en nuestra subjetividad. El trabajo ya no contiene la fuerza capaz de dar sentido y forma a la vida de las personas. La “cultura del trabajo” traspasó sus condiciones de existencia. Necesitamos, incluso, redefinir la idea de trabajo. En nuestra experiencia se registra una saturación de la forma de ser persona organizada en tanto productor, como sujeto-útil-dominador-del-objeto. Esa fue la subjetividad generada por el sentido productivista, y en ella se expresó lo esencial de lo humano en la Modernidad.

En la actualidad, nuestra experiencia como sujetos útiles, organizados para dominar y extraer utilidad a todo lo que existe, ya no tiene condiciones de realización ni nos motiva como a las generaciones anteriores. Lo que antes valorábamos ya no nos importa en igual grado, porque su sentido está saturado, debilitado, apocado. Ni el “ser desde el tener”, ni el “ser desde el hacer”, ni el “ser desde el poder” dan ya sentido e intensidad al vivir. Aunque éstas sean conductas que insisten en repetirse, se presentan en cada persona con una fuerza de sentido devaluada.

El inconveniente es que no sabemos de otros sentidos y caemos en el sinsentido. Así, pierden intensidad nuestra manera de amar, de trabajar, el ejercicio de la paternidad, la amistad... Todo comienza a darse en nosotros como

experiencias devaluadas, y las nuevas formas demoran en perfilarse. El sinsentido avanza, y los peligros también.

La guerra es sólo el peligro más evidente al que nos somete la subjetividad organizada por el sentido de dominio: el ilimitado deseo de poder, en posesión de un gran instrumental tecnológico, impone el dominio imperial sin importarle la magnitud de las fuerzas destructivas que desata.

Ésta es la situación en la que está enredada nuestra vida. Hay un cambio en el estado de las cosas y en la “Voluntad del Mundo”: necesitamos darle espacio en nuestro interior y, también, forma en nuestras conductas y acciones.

Está claro que no se trata de abandonar la tecnología, sino de generar una nueva manera de vivir con las posibilidades que ella nos ofrece. Todos necesitamos volvernos más protagónicos en la generación de los nuevos modos de existir, concebirlos desde otros sentidos germinales.

Los deseos orientan el camino

La orientación ante este cambio del mundo se nos presenta en el caldero de los deseos. Desde allí se abren “líneas de fuga” [1] que intentan romper el corral de lo instituido y cultivan las condiciones que posibilitan nuevas formas de ser y del Ser. Nuevas sensaciones y deseos empiezan a habitarlos en un muy inicial amanecer. Comenzamos a anhelar nuevas maneras de vivir, aunque aún no podamos verlas con claridad.

Si prestamos atención a las sensaciones (nuestras y de nuestros consultantes), veremos que somos muchos aquellos en quienes las fuerzas deseantes apuntan, aunque de manera contradictoria y larval, a prácticas más orientadas por el amor que por el dominio y el control, más interesadas en la calidad de vida y la felicidad que en la utilidad y el poder. Queremos más alegría y menos preocupación, más solidaridad y menos competencia. Nuevas energías colorean los horizontes del Mundo y buscan dar forma a la realidad. Son fuerzas de sentido que se dejan nombrar en las palabras alianza, amistad, amor... y que pugnan con el aún preponderante deseo de poder y dominio. Son novedades en la configuración de las fuerzas deseantes que generan potenciales de transformación en la subjetividad. Esto nos está ocurriendo al mismo tiempo que las fuerzas de lo instituido intentan, y aún consiguen, ordenar las conductas en formatos de dominio y control.

La Consultoría Filosófica es convocada en el grado en que las personas vivencian esta situación en carne propia. Cada persona necesita asumirse como co-creador [2] de nuevas formas de ser y vivir. Esta co-creación debe ser ejercida por cada uno en el dificultoso marco de la hegemonía cultural del productivismo utilitario. No se trata sólo de una elección entre posibilidades conocidas, sino de generar lo nuevo en la propia experiencia. Pensar la vida en sus manifestaciones cotidianas es un pensar-pensarse que busca activar la potencia creadora de quienes quieren asumir su potencial como co-creadores de una nueva manera de vivir.

Abordar la cuestión del sentido en la experiencia personal de cada uno requiere cuestionar el horizonte de sentido aún hegemónico. Cada cual necesita interrogarse por lo auténtico y lo sobredeterminado en él. Parafraseando a Heidegger: en nosotros habita la posibilidad de lo auténtico junto a la dictadura de lo público. Nuestra subjetividad arrastra su orden de sentido desde lo heredado y desde la maquinación deseante de nuestras prácticas, a la vez que nuevas fuerzas de sentido seducen nuestra sensualidad y buscan transmutar nuestra experiencia.

Re-elegir lo más propio entre los deseos que se enraízan en esos tres planos originarios (1. Lo culturalmente heredado como deseable; 2. Lo que el sistema nos foguea como deseable; 3. Los deseos más auténticos de nosotros mismos) y re-significar desde allí nuestra manera de vivir y nuestras prácticas, es fundamental en la búsqueda. En sus deseos más auténticos, cada uno encontrará señales para proyectos y acciones inéditas que le permitan afirmarse en nuevas maneras de ser y de vivir.

Este doble movimiento de la conciencia – el reconocimiento de los “ideales” ya vacuos, por un lado, y la escucha de lo nuevo que pulsa en nosotros, por el otro – es el eje principal para caminar hacia nuevas formas de ser y vivir. Esto será más viable para quienes puedan prestar atención y validar sus deseos aún sin voz, acallados por el viejo imaginario todavía hegemónico, y desde allí diseñar acciones y formas de vivir novedosas. Creo que la Consultoría Filosófica puede facilitar este intento.

[1] Uso la expresión “líneas de fuga” en el sentido que le dan Deleuze y Guattari, en *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*.

[2] Digo “co-creación” para señalar la pertenencia de cada humano a un horizonte de sentido que lo interpela, al cual responde y cuya realización también le atañe.

Veinte ideas claves en mi metodología de trabajo⁵

1. *La vida es la resultante de fuerzas de sentido en relación.* La actual crisis del productivismo utilitario da lugar a la afirmación de otros sentidos. Ese cambio en la relación de fuerzas de los sentidos pre-dispone mutaciones en la subjetividad. Mientras las conductas orientadas por el paradigma que organiza nuestra cultura –esto es, el sentido de utilidad y dominio- se vuelven contrarias a la vida, lo humano comienza a ser requerido y seducido por maneras más amistosas de ser, en alianza con los otros y con lo otro. Las palabras amistad y amor connotan manifestaciones de un nuevo ordenamiento de sentido que pugna por emerger. Esto ocurre aunque los estertores del dominio productivista parezcan negarlo: se muestra en las mutaciones de la sensualidad, y necesitamos plasmarlo en nuestra manera de ser y vivir.

2. Cada uno de nosotros necesita registrar las determinaciones del utilitarismo-productivista en su experiencia. No sirve sólo pensarlo como característica sociocultural. Sometidos a ese sentido que da forma a nuestra manera de ser y vivir, sentimos que “somos” en la medida que somos útiles y en el grado en que dominamos o controlamos lo que existe. La presencia organizadora hace que la vida de cada cual sea instrumental a un “más allá” de ella misma. Vivimos de tal manera que los momentos no tienen sentido por sí mismos, sino que buscan su sentido en su resultado. Este espíritu da forma a la manera en que amamos, trabajamos, criamos hijos, habitamos el tiempo... Verlo en cada situación abre posibilidades de estar más presente en cada presente y alimenta la riqueza de vivir.

3. Propongo un proceso transformador con una dinámica de crecimiento autosostenida. Dar un paso significa generar una situación de mayor riqueza existencial y fuerza existencial, al mismo tiempo que afirma la posibilidad de dar otro paso. Los pasos sucesivos son sólo ejecutables en tanto los anteriores generan una nueva situación que los hace posibles. El final de la asistencia llega cuando el consultante adquiere el suficiente grado de autonomía como para continuar el proceso por sí mismo.

4. El espíritu de la mayéutica organiza mi acción. Entiendo la práctica como “ayudar a otro a pensar-pensarse”; asistirlo en la tarea de descubrir su verdad, asumirse como creador de su vida y como co-creador del mundo que habita. Esto

⁵ Es importante que estas ideas orienten la consulta y también que vayan siendo incorporadas por los consultantes para ir construyendo su autonomía en la tarea de pensar-pensarse.

implica que no hay consejos ni verdades preconcebidas, sólo herramientas y senderos del pensar creador. Las principales herramientas filosóficas van siendo enunciadas-trasmitidas en el devenir de la tarea, fortaleciendo la posibilidad de que el consultante “ponga al Mundo en estado abierto”, y se ponga a sí mismo en la posición de co-creador de mundo.

5. Desarrollo mi tarea *básicamente en dos encuadres*: entrevistas individuales y reuniones grupales, con frecuencia semanal y con un número no superior a diez participantes.

6. La conversación es la herramienta principal. A través de ella se generan y conservan tanto las creencias como las costumbres; y también ellas se transforman y recrean. En la conversación la palabra a veces repite, a veces crea, pero siempre teje y colorea una manera de ser de las cosas. Hoy necesitamos participar con protagonismo creador en nuestras conversaciones. Debe ocurrir en la consulta y también debemos ayudar al consultante a lograrlo en su vida cotidiana.

7. Propongo la tarea como una larga conversación que parte, cada vez, de las experiencias concretas de quienes me consultan: la relación con un hijo, una coyuntura laboral, su relación de pareja, sus maneras de hacer el amor... A veces se trata de problemas que requieren soluciones, otras, de deseos que interrogan sobre su camino para hacerse realidad. En esa conversación, las herramientas filosóficas se van entretejiendo con reflexiones introspectivas (las que buscan el deseo auténtico de quien se piensa e intenta reconocer sus potencias y sus debilidades) y también reflexiones operativas (las que se proponen diseñar acciones generadoras de lo nuevo).

8. Cada proceso transformador es radicalmente singular y al mismo tiempo está entrelazado con lo colectivo. Nuestra forma de ser y vivir está constituida no sólo desde nuestra propia historia personal, sino también desde la historia social compartida.

9. La subjetividad se construye en la práctica de vivir y allí también puede re-construirse. Los cambios no se decretan desde el deseo ni desde la comprensión inteligente: se construyen en las prácticas cotidianas. Se trata, entonces, de diseñar y ejercer acciones transformadoras en nuestra experiencia concreta. Así, se irán tejiendo en cada uno nuevas maneras de ser y vivir.

10. Somos ineptos, o muy débiles, para habitar la vida en tanto fiesta, para vivir con presencia plena cada momento presente. Apenas si utilizamos nuestra

creatividad para el goce. Sólo concebimos el esfuerzo aplicado en lo útil. Vivimos el amor, la alegría, la felicidad, como algo que nos ocurre en virtud de la buena suerte. Muy poco sabemos de su cultivo con actitudes y acciones en las que es necesario invertir tiempo y energía.

11. La responsabilidad para con el cuidado de la propia vida es un aprendizaje primordial. Ni la crítica de la cultura ni la sabiduría de otro harán la tarea.

12. La idea de finitud y la conciencia de la propia muerte nos activan, y potencian las acciones para cuidar y enriquecer nuestra existencia.

13. Cada uno necesita ver las señales orientadoras, en sus deseos más propios. En ellos se nos muestra el espíritu del mundo que intenta emerger. Allí pulsán posibilidades de acciones no ejercidas para vivir más atentos al bienestar y al goce. También, maneras más amorosas-amistosas de relacionarnos con los otros y con las cosas.

14. Cada uno de nosotros necesita autorizarse a crear nuevas formas de vivir. Nuevas maneras de ser padres, de hacer el amor, de conversar y estar con otros. Nuevas formas de trabajar, de relacionarse con el tiempo, etc.

15. La tarea debe incluir el qué y el cómo de las acciones. La acción transformadora no devendrá espontáneamente de la reflexión. Como en otros ámbitos de nuestro hacer generador, será necesaria una intención voluntaria y consciente. La pregunta por el cómo lograr lo que deseamos será, generalmente, más importante que la pregunta por el porqué de lo que no queremos.

16. Las estrategias y acciones deben atender a las condiciones de posibilidad. Tanto a las condiciones objetivas (contexto, tiempo, relaciones, dinero, etc.), como a las subjetivas (experiencia, estado de ánimo, grado de motivación actual, coraje, etc.) Los objetivos alcanzables son los que se plantean de acuerdo con las condiciones de posibilidad de cada momento y, por eso, son también los que indican el camino.

17. Siempre que dos fuerzas se enfrentan, el incremento de una implica el debilitamiento de la otra, y viceversa. Lo mismo ocurre con las fuerzas de los sentidos como organizadores de la realidad: permanentemente se recrea la relación de fuerzas entre lo instituido y lo instituyente. Esto es una clave importante a tener

en cuenta al momento de elaborar estrategias y acciones transformadoras de la vida.

18. Cultivar las alianzas es de importancia primordial. La posibilidad de afirmar nuevos sentidos y formas de vivir depende, en gran parte, de la presencia de aliados en el contexto vincular. Otros que acepten, valoren y compartan esta búsqueda. Esos aliados potenciales no son “otros” en abstracto; son concretos y pueden ser invitados a la búsqueda. Se trata de la pareja, hijos, padres, amigos, compañeros de trabajo... Ampliar y profundizar las alianzas es acrecentar las propias posibilidades.

19. Aprender a pensar juntos. Habitualmente no pensamos con los otros. Hablamos en actitud de discusión, argumentando en defensa de posiciones ya tomadas, y nos importa demasiado “tener razón”. Necesitamos aprender a intimar, cuestionarnos y proyectarnos en libertad ante otros, suponiéndolos aliados y no jueces críticos de nuestras acciones, pensamientos y deseos. Cuando enunciamos nuestras ideas a otros, éstas van tomando forma y se vuelven más potentes para actuar en cada situación. Cuando aprendemos a escuchar al otro, enriquecemos la perspectiva desde la cual pensamos (la tarea grupal ofrece una experiencia muy importante en este sentido).

20. La transformación personal posibilita la transformación social, y viceversa. Mi visión entrelaza la transformación subjetiva individual con la de la realidad social. Soy consciente de lo sinuoso del camino y de la necesidad de crear estrategias radicalmente novedosas también en lo político-social. Pero estoy convencido de que, sin transformación subjetiva, seguiremos tropezando con las mismas piedras, con el agravante de que su tamaño será cada vez mayor. En nuestra propia vocación por vivir de manera más amorosa, auténtica y gozosa, radica la fuerza que puede parir otro estado de cosas. Es un posicionamiento que habrá que elaborar desde la singularidad de cada cual, pero que, progresivamente, se irá manifestando en lo colectivo. Es una manera de estar en la vida en la cual atender a los intereses más propios es también atender a los colectivos. A esto llamo solidaridad: estamos solidariamente comprometidos en nuestro presente y con nuestro futuro. En la alianza como forma vincular radican las posibilidades de éxito de este juego; y en el deseo de poder y dominio, sus peligros.

Creo firmemente en aquello de que toda crisis presenta una oportunidad. El desafío es aprender a hacerlo realidad en nuestra experiencia. Pienso que la Consultoría Filosófica tiene un rol importante en ese intento.

Fuentes bibliográficas:

- Axelos K; Horizontes del Mundo, México, F.C.E. 1980.
- Baudrillard, J.; De la seducción, Madrid, Cátedra, 1980.
- Baudrillard, J.; El espejo de la producción, Barcelona, Gedisa, 1980.
- Castoriadis C.; La institución imaginaria de la sociedad, Tusquets Editores, Buenos Aires, 1993.
- Deleuze G. y Guattari F.; Mil Mesetas, capitalismo y esquizofrenia, Valencia, Pre-textos, 1997.
- Gorz, A.; Adiós al proletariado, Buenos Aires, Imago Mundi, 1989.
- Guattari F.; Las tres ecologías, Valencia, Pre textos, 1990.
- Heidegger M.; Carta sobre el humanismo, ediciones del 80, Buenos Aires, 1981.
- Heidegger M.; La pregunta por la técnica; en Conferencias y artículos, Barcelona, ODÓS, 1994.
- Heidegger M.; Ser y tiempo, México, F.C.E. 1967.
- Kohon L.; Juego propio, Buenos Aires, Planeta, 1993.
- Kohon L.; Pasión de Vivir, Buenos Aires, Biblos, 1998.
- Maturana H.; Emociones y lenguaje en educación y política. Santiago de Chile, Dolmen Ed. 1997.
- Sperling D.; Del deseo, tratado ético político, Buenos Aires, 2001.
- Vattimo G.; El fin de la modernidad, Barcelona, Gedisa, 1987.
- Vattimo G.; Más allá del sujeto, Barcelona, Paidós, 1988.

Agradecimientos

Hay muchas personas que participaron en el proceso de elaboración de este libro sin que hayamos hablado de eso. Son aquellos a quienes acompañé en los comienzos de su camino de transformación personal y cuya experiencia se potenciaba en la medida en que íbamos elaborando juntos nuevas maneras de ser y hacer.

En esas conversaciones no se ponían en juego sólo ideas o comprensiones, que hubieran podido ser más o menos inteligentes, sino que se trataba, en cada caso, de encontrar las pulsiones deseantes ante cada situación y convertirla en el alma de una construcción existencial en lo concreto de la vida. Para eso fue necesario en cada caso un proceso de re-construcción actitudinal, que haga posible el diseño de nuevas estrategias y acciones ante cada circunstancia. Las ideas se confrontaban en la práctica de vivir, y esa práctica alimentaba el caldero de las ideas.

Todos estos procesos fueron para mí de mucha significación y aprendizaje. Es por esto que agradezco la asistencia en la elaboración de este libro a un sinnúmero de personas, sin que yo mismo tenga claro como fue el proceso de intercambio y colaboración. Estábamos haciendo otra cosa, pero también estábamos escribiendo esto. Yo no lo sabía y obviamente ellos tampoco.

Luego hubo quienes me ayudaron con comentarios de los primeros borradores. Me devolvieron críticas y acuerdos, pero el entusiasmo por el enfoque fue un común denominador entre ellos que me motivó en la tarea. Quiero hacer explícito mi agradecimiento a Alejandro Romero, Carolina Añino, Eduardo Lausan, Marta Antonelli, Enrique Fernández Longo, Soledad Bordegaray, Estela Guyot, Cristina Scolamieri, Daniel Kaztelan, Ana Embon, Graciela Scolamieri.

Me resultó particularmente significativo el aporte de mi hija Sonia: a ella le debo el título del libro.

A Maximiliano Galín le debo haber hecho lo necesario para que Internet y sus “cañerías” puedan operar como primer sustento y difusor del texto.

Buenos Aires, abril del 2011

Invitación del autor

Este texto ha surgido con la intención de colaborar en los replanteos estratégicos que se hacen necesarios tanto para la evolución personal como social.

A quienes se sientan identificados con el rumbo general de mis reflexiones, los invito a sumar las suyas en este mismo cuerpo, hasta tanto logremos un camino más orgánico y colectivo para pensar nuevos métodos y nuevas estrategias.

Para eso les propongo que me hagan llegar sus aportes, críticas, desarrollos y comentarios, tomando yo el compromiso de ir ordenándolos dentro del desarrollo del texto o al final del mismo, según lo vea conveniente. En todos los casos haría constar la autoría del aporte.

Mi dirección de mail: leopoldokohon@pensarlavida.com.ar

Lo que intento con esta invitación es dar pasos en una elaboración colectiva que nos ayude a avanzar en un camino que demanda muchos aprendizajes nuevos y en el que aún andamos a tientas.

Compartir la autoría de esta elaboración puede servir para ejercitarnos en una construcción colectiva que ponga en acto algo de los nuevos estilos necesarios.